Quentin Hakenewerth s.m.

MANUAL DE ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

4

Libro: Manual de Espiritualidad Marianista (Espiritualidad Marianista 4)
Autor: Quentin Hakenewerth, S.M.
pp.: 111

MANUAL

DE

ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

INTRODUCCION

Espiritualidad

Se llama «espiritualidad» al conjunto de principios, normas y métodos que seguimos para vivir, en nuestra propia vida, la vida del Espíritu de Jesús. Una espiritualidad sólida nos ayuda a conocemos a nosotros mismos y a conocer al Espíritu que está en nuestro interior, nos enseña la naturaleza y los caminos de ese Espíritu y nos orienta para vivir con más plenitud la vida interior. Es una gran ventaja tener un manual que explique todo esto, aunque es mucho mejor disponer de un buen maestro. La «espiritualidad», así entendida, no es absolutamente necesaria, pero sí de una enorme utilidad.

Espiritualidad marianista

A veces nos preguntan: «¿Existe, realmente, una espiritualidad marianista?»

La pregunta puede ser entendida de estas dos formas:

1. ¿Tiene la espiritualidad marianista algunos elementos que otras espiritualidades no posean?
2. ¿Puede, la Familia Marianista, ser reconocida entre las otras por su espiritualidad? Es decir, la espiritualidad que practicamos ¿confiere realmente una identidad a la Familia Marianista?

Podemos responder a ambas preguntas con esta comparación: nosotros distinguimos fácilmente a una persona de otra. Normalmente, una mirada a la cara nos basta para reconocer a alguien, a pesar de que todos tenemos los mismos elementos en el rostro: boca, nariz, ojos, cejas, orejas, etc. Los mismos elementos esenciales se encuentran en todas las caras; pero, si los vemos reunidos, reconocemos los rasgos de esa persona concreta, el rostro que nos identifica a esa persona. No son los elementos comunes los que identifican, sino la forma peculiar de combinarse: tal rasgo que destaca, la relación que existe entre ellos, etcétera. Los caricaturistas poseen una gran habilidad para captar los rasgos faciales más identificativos de la persona.

Algo parecido ocurre con las espiritualidades. La espiritualidad marianista nos da una identidad propia porque es «nuestro rostro», lo que da forma a nuestro espíritu y configura nuestra personalidad. Su originalidad no reside en que posea elementos exclusivos. De hecho, todos los rasgos de la vida según el Espíritu están presentes en todas las espiritualidades existentes en la Iglesia. Lo original de cada espiritualidad es el peculiar énfasis que da a talo cual aspecto, los métodos específicos que usa, su particular manera de entender y vivir la vida espiritual. Nuestra espiritualidad nos identifica en cuanto que modela nuestras actitudes, nuestras perspectivas y nuestras disposiciones.

Cuando alguien dice que no existe una espiritualidad marianista, lo que está diciendo es que no tenemos elementos exclusivos, elementos que no los posean otras espiritualidades. Esto es verdad y debemos dar gracias a Dios por ello. Efectivamente, al tener elementos comunes con otras espiritualidades, éstas son buenas para nosotros y compatibles con la nuestra. Y del mismo modo, la espiritualidad marianista puede ser una riqueza para toda la iglesia: cualquiera que esté abierto al crecimiento en el Espíritu puede sacar provecho de la oferta del Padre Chaminade.

Revisión: Intenta descubrir algún rasgo de tu personalidad que la espiritualidad marianista te haya ayudado a desarrollar.

Una espiritualidad común para todos los marianistas

El Padre Chaminade quería firmemente que todos los marianistas se formasen en la misma espiritualidad. Las razones de su insistencia se pueden reducir a estas dos:

- Primera: lo que caracteriza a los miembros de cualquier familia religiosa es el conjunto de cualidades adquiridas mediante los principios y métodos de formación propios. Dicho de otro modo: mediante la espiritualidad inculcada durante los años de formación, desarrollamos unos rasgos que nos identifican y nos hacen compatibles. Los rasgos de nuestra personalidad propia se deben al hecho de haber empleado un método común, y nos dan un «aire de familia» propio. La espiritualidad que hemos utilizado forma nuestras actitudes y nos marca profundamente.

  El Padre Chaminade opinaba que uno era marianista sólo si estaba formado en la espiritualidad que él enseñaba. Los marianistas debían ser reconocidos como pertenecientes a una

misma familia, por tener disposiciones, actitudes y virtudes comunes, resultado de haber sido formados en la misma espiritualidad (ED I, 397a; ED II, 1244).

- La segunda razón para que nos formemos todos en la misma espiritualidad es el hecho de que estamos llamados a vivir las virtudes de Jesús y realizar su misión, no sólo como individuos, sino también como comunidad. Estamos llamados a testimoniar colectivamente la presencia de Jesús en este mundo y a transformarlo. Esto es particularmente importante hoy, puesto que el pecado social -que existe y se mantiene por una acción colectiva- debe ser contrarrestado por la gracia social -que existe y actúa a través de una comunidad. Una espiritualidad común nos da las bases para una experiencia común de la presencia de Jesús entre nosotros y hace posible el testimonio colectivo de Jesús y el esfuerzo conjunto para realizar sus trabajos (ED I, 146; ED II, 363).

Los siguientes capítulos nos muestran los principios, directrices y métodos que el Padre Guillermo José Chaminade nos dejó como espiritualidad marianista. Hay otras formas excelentes de vivir en unión con Jesús y de realizar su misión, pero éste es el camino que Dios, en su Providencia, nos ha dado a nosotros, por medio del Padre Chaminade.

> *¿De qué medios disponemos para alcanzar tan alta perfección? De los que nos ofrece el Instituto. Si los buscamos en otro lugar, estamos bajo los efectos de una ilusión y nos agotaremos en vano. Aunque nos parezca que progresamos mucho, todo nuestro trabajo puede quedarse en nada, puesto que no estaremos trabajando según el orden de nuestra vocación (ED II, 1135).*

1. EL ESPIRITU, COMO VIDA

Cuando Dios nos llama a seguir a Jesús, se genera en nosotros, y en nuestro espíritu, una «vida en abundancia». Nuestra espiritualidad es el método peculiar que tenemos para vivir esa vida interior. Los principios, prácticas y métodos para desarrollar y gustar la vida en el espíritu forman parte de esa espiritualidad. Por eso, antes de hablar de espiritualidad, será conveniente decir algo sobre el espíritu.

El espíritu

El espíritu es eso que da la vida a un ser, la energía que lo capacita para moverse desde dentro. La vida de nuestro espíritu se manifiesta a través de los pensamientos, decisiones y actos. Cuando trabajamos, hablamos o pensamos, nuestro espíritu se está manifestando humanamente. En otras palabras, el espíritu es lo que nos hace estar vivos.

Creemos que nuestro espíritu puede vivir independientemente del cuerpo, pero eso no lo hemos experimentado. La experiencia que tenemos de nosotros mismos es que somos un ser único, un cuerpo viviente. Sabemos que nuestro espíritu puede abandonar el cuerpo, porque constatamos que se marcha cuando uno muere. Cuando el espíritu se va, el cuerpo muere, ya no tiene vida para moverse a sí mismo. De ese modo sabemos que existe una diferencia entre cuerpo y espíritu: la constatamos en el hecho de la muerte.

Es necesario hacer una segunda distinción con respecto a nuestro espíritu. Considerado como principio vital, a nuestro espíritu se le da el nombre de psique o alma. Las operaciones de la psique pueden producirse sin referencia alguna a Dios, sin tener en cuenta la realidad del Espíritu Santo. Razón, memoria, imaginación, sentimiento, decisión son operaciones de la psique que no hacen referencia directa a Dios. Pero cuando nos referimos a las interioridades más profundas de nuestro ser, abierto y ,atento al Espíritu Santo, estamos hablando, en sentido estricto, del espíritu. Hablando con propiedad, las operaciones del espíritu unen la vida psíquica con el Espíritu del Señor. Se da una nueva creación (2 Cor 5,17), porque hay una nueva vida bullendo en nosotros. A pesar de que la división tripartita espíritu:.alma-cuerpo no constituye una antropología completa, a ella se refiere san Pablo al deseamos que el Dios de la paz os haga

perfectos y santos y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea custodiado sin tacha hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Esta triple distinción en la naturaleza humana no es necesaria para la psicología, pero sí para nuestra espiritualidad marianista.

Estamos llamados a vivir estos tres niveles vitales en una unidad armoniosa. El espíritu ilumina al cuerpo, y el cuerpo da cohesión al espíritu. Pero el movimiento hacia la vida -abundante y etema- se localiza en el espíritu. El cuerpo tiende a disfrutar la vida tal cual es; el espíritu tiende a una vida más llena y mejor. Cuando el cuerpo sirve al espíritu, entra en una vida más plena y espiritualizada. Si el espíritu se encuentra constreñido por el cuerpo, queda limitado por los impulsos corporales. Para el espíritu, esta limitación es disminución, pérdida e, incluso, muerte. *Los hombres materiales sólo se interesan en lo que es material, pero los espirituales se interesan por lo espiritual. Limitarse a lo material es muerte; sólo lo que concierne al espíritu lleva a la vida y la paz* (Rom 8,5).

El Espíritu Santo

El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios. Donde quiera que está presente o actúa, comunica su vida y su poder. Cuando Dios viene a vivir en nosotros, permanecemos unidos a Él por medio del Espíritu Santo. Como somos imágenes de Dios, la venida del Espíritu a nosotros no repugna a nuestra personalidad: no es una invasión, sino una presencia agradable que nos perfecciona con nuevas cualidades más allá de nuestras posibilidades. El Espíritu Santo trae la vida divina al hombre y hace una sola realidad de hombre y Dios. No renunciamos a nuestra personalidad, ni nos convertimos en otra persona: simplemente, al hacemos «hijos de Dios», experimentamos una profunda transformación personal. Los dones y los frutos del Espíritu Santo se hacen patentes en nuestro pensar, nuestras actitudes y nuestro obrar. Si le dejamos campo libre y colaboramos con él, el Espíritu Santo se hace uno con nosotros y nos transforma. El Señor nos posee, no para esclavizamos, sino para damos una plenitud mayor mediante una vida nueva y mucho más rica (ver Jn 14,18-21; 17,21-26).

> *Esto es, propiamente, lo que se llama ser espiritual y vivir en espíritu en todas las cosas: cuando el Espíritu Santo es, en nosotros, el principio de todo, cuando nos posee por completo, cuando nos toma en sus brazos y nos lleva a donde le place. Y a*

pesar de que esto se realiza en unos más sensiblemente que en otros, se logra, sin embargo, realmente en todos aquellos que se quieren mortificar y que renuncian a su carne y a sí mismos en todo cuanto son (ED II, 33).

Dios llega a ser tan absolutamente uno con nosotros, que fácilmente podemos llegar a pensar que Él es nuestro propio ser. Incluso cuando se dan manifestaciones extraordinarias que renuevan la faz de la tierra (Sal 104,30), podemos no ver que tienen su origen en el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios actúa en nosotros no como un agente exterior, sino como nuestro propio espíritu. La acción del Espíritu Santo procede del interior, por lo que sólo desde nuestro espíritu interior podremos descubrir a Dios en él: Vosotros lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros Jn 14,17).

Esta real intimidad del Espíritu Santo con nosotros puede ser un problema. Sólo podemos descubrir y experimentar al Espíritu Santo si vemos nuestras acciones y actitudes a la 1uz de 1a fe. Por 1a fe podemos experimentar esa presencia real. No vemos a1 Espíritu en sí mismo, pero, por la fe, podemos ver 1as manifestaciones de su presencia en nuestra propia vida.

Ciertamente, donde mejor reconocemos la naturaleza de la presencia del Espíritu Santo es en el mismo Jesús. El comienzo de la existencia humana de Jesús se debió a la acción del Espíritu Santo en María. La concepción de Jesús no fue un acto humano bendecido por Dios, sino un acto del Espíritu de Dios en un ser humano, María. El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lc 1,35). Cuando Jesús se encontró ante Juan Bautista, que estaba en el seno de Isabel, la gracia extraordinaria de aquel encuentro fue obra del Espíritu Santo (Lc 1,41). El mismo Jesús empezó su predicación con la fuerza del Espíritu (Lc 4,14).

En su conducta, Jesús manifiesta la acción del Espíritu Santo a través de su naturaleza humana. Después de haber sido ungido por el Espíritu para su misión, las manifestaciones del Espíritu Santo son ya, en él, permanentes. La Palabra de Dios es ya su palabra, de forma que cuando habla, pronuncia palabras de Dios Un 3,34). El poder de hacer milagros es ya algo inherente a su naturaleza humana. Vive en constante identidad con Dios. Nadie posee el Espíritu Santo como él: Dios le dio el Espíritu sin medida Un 3,34).

Esta descripción del Espíritu Santo en Jesús nos da una idea de cómo quiere Dios habitar en nosotros, para transformamos, para damos su propio poder, tal y como lo vivió Jesús.

> *Este Espíritu Santo desciende sobre nosotros en el bautismo, nos lava del pecado original, nos fortalece en la confirmación; él es quien se derrama en nuestros corazones y en nuestros espíritus; él es, cuando necesitamos luz, quien nos ilumina y nos dirige en nuestra conducta, quien nos enfervoriza, quien nos anima en su fuego divino, quien nos da la fuerza y la gracia necesarias para resistir las tentaciones y practicar la virtud; él es quien derrama sobre nosotros los dones de sabiduría, ciencia, inteligencia, consejo, fortaleza, piedad, temor de Dios, que llamamos dones del Espíritu Santo* (ED 11, 21).

La práctica de la presencia de Dios

Cuando queremos beneficiamos del influjo de alguien, procuramos mantenemos corno sea en contacto con esa persona. El Padre Chaminade insiste en el mismo principio cuando se trata de Dios: vivir en la presencia de Dios es fundamental para alcanzar el fin de nuestra vocación (ED 11, 117, 13ób).Necesitamos mantenemos en contacto con Dios en nuestra vida diaria.

Dios está presente en todas partes, como fuerza creadora y mantenedora. Pero hay más: Dios está presente en nosotros corno una persona que nos comprende, que nos ama y cuya presencia nos da vida en abundancia. Con ese Dios podemos conversar siempre y en todo lugar.

Vivir en la presencia de Dios no significa que hay que estar pensando siempre, específicamente, en Dios. Significa que nos hemos acostumbrado tanto a su presencia, que nos hemos familiarizado tanto con él, que su presencia influye constantemente en nuestras actitudes y en nuestra conducta.

El Padre Chaminade nos enseña que adquiriremos la actitud de vivir en la presencia de Dios, mediante la repetición de actos de fe en esa presencia (EO, 568). Estos «actos» pueden adoptar diferentes formas. Por ejemplo:

- Ofreciéndonos a Dios por la mañana, al levantamos y mientras nos vestimos.

- Poniéndonos en manos de Dios, como instrumentos de su Providencia, al comenzar nuestro trabajo y durante el mismo.
- Decidiendo vivir las virtudes de Jesús cuando tenemos que ser pacientes, perdonar o relacionamos con alguien difícil.
- Haciendo un acto expreso de fe en que contamos con la gracia de Dios cuando surgen las dificultades o nos sentimos inútiles, etc.

Vivir en la presencia de Dios nos da vida en muchos sentidos. En la medida de nuestra apertura y receptividad, recibimos los dones de Dios en nuestra personalidad, somos guiados por la sabiduría de la Providencia y encontramos nuestra fuerza en el Dios que habita en nosotros. La práctica de la presencia de Dios es fundamental en toda nuestra vida y en toda nuestra labor como marianistas.

2. LA FE DEL CORAZON

Para el Padre Chaminade, la fe es la base de todo en nuestra vida. Nuestra vocación a vivir la espiritualidad marianista es, ante todo, una vocación a vivir de la fe. Ahora bien, ¿qué significa esto en la práctica?

La mente

La fe nos hace reales cosas que antes no lo eran. Esto sucede, por una parte, en nuestra mente y, por otra, en nuestro corazón.

En primer lugar, la fe consiste en aceptar, con nuestra mente, corno verdadero, algo que no podemos probar. Significa aceptar racionalmente algo no demostrable por la razón, algo no experimentable de forma directa por nuestros sentidos. Lo aceptamos corno verdadero, no porque lo entendamos o porque tengamos pruebas de ello, sino porque nos fiamos de Aquél que nos lo ha revelado.

Zeffirelli expresa muy bien esta actitud en su película «Jesús de Nazareth»: cuando las mujeres cuentan a los apóstoles que Jesús ha resucitado, la reacción de éstos es la incredulidad.

La cámara va mostrando, uno tras otro, a los diversos apóstoles, que van explicando, cada uno, por qué no puede ser verdad la resurrección. Finalmente, la cámara se detiene en Pedro. ¿Cree? Pedro asiente con la cabeza. Pero ¿por qué cree en la resurrección de Jesús? «Porque Él dijo que lo haría». Nuestra fe es cuestión de confianza, más que de inteligencia.

A veces podemos tener experiencia de algo que ya creíamos por la fe, y consideramos esa experiencia como una garantía. Una periodista norteamericana fue a Medjugorje (Yugoslavia), para hacer un reportaje sobre las apariciones de la Virgen; pero no creía en ellas. Además, había tenido, hacía poco, un aborto y se encontraba muy deprimida. Después de un día en Medjugorje, consiguió aceptar el hecho con una gran paz. Su transformación interior fue tan grande que, a partir de entonces, la periodista se convirtió en un testimonio de la presencia de la gracia en Medjugorje. Su experiencia personal fue su garantía.

Pero cuando esa experiencia pasa y se esfuma, debemos aceptar la verdad simplemente por la fe. En otras palabras: estamos en contacto diario con las realidades de nuestra vida espiritual, no de una forma directa, a través de la experiencia, sino indirectamente, mediante la fe. Salvo por una gracia mística excepcional, sólo en el cielo podremos comprender lo que ahora simplemente vislumbramos por la fe. Es lo que dice San Pablo: Ahora vemos como en un espejo, en enigma; entonces veremos cara a cara. Ahora 'conozco parcialmente; entonces conoceré tan completamente como soy conocido (1 Co 13,12).

Ver cara a cara significa tener una experiencia directa de Dios. Esa experiencia nos da certeza de lo que sabemos; pero, como ya hemos dicho, cuando la experiencia pasa, debemos vivir por la fe.

En la Navidad de 1982, la Madre de Dios concluyó sus apariciones diarias a una de las muchachas de Medjugorje. La Virgen le dijo que ya no la visitaría como lo había hecho hasta entonces, y que a partir de ese momento, ella, que había sido favorecida con una experiencia diaria de María, debería vivir de la fe «como los demás cristianos». Cuando dejó de tener la experiencia directa de la Virgen, tuvo que vivir su presencia sólo por la fe.

También santa Bernadette tuvo una experiencia directa de María en Lourdes. Al final de su vida, el cáncer que la invadió afectó a su memoria: no podía recordar algunos detalles de las apariciones y tuvo

grandes tentaciones sobre la realidad de las apariciones de la Virgen María en Lourdes. La experiencia directa había pasado y tuvo que aferrarse al hecho mediante la fe purificada.

En resumen, la fe de la mente hace absolutamente reales para nosotros algunos hechos, a pesar de no tener pruebas racionales ni demostraciones científicas. La fe amplía nuestro campo de la realidad y enriquece la vida de nuestro espíritu.

Ejercicio: Nombra algunas cosas que, gracias a la fe, aceptas como reales.

¿Cómo refleja tu vida lo que crees?

El corazón

Nuestra fe posee una segunda dimensión. Para el Padre Chaminade, el acto de fe supone no sólo aceptar con la mente que una cosa es verdad, sino, también, acogerla con el sentimiento. Es lo que él llamaba la «fe del corazón». Enseñaba que el acto de fe no solamente conforma nuestras ideas, sino que también afecta a los sentimientos. Como repetía, nuestra fe supone, también, ciertas

> *actitudes del corazón. La fe del corazón es la que obra la justificación (Rom 10,10). La fe de la mente, sola, no santifica (ver ED II, 8).*

Si nuestra mente dice «sí» y nuestro corazón «no», no cambiaremos. Por eso es, a veces, difícil creer: no porque tengamos que aceptar como verdadero lo que no se puede probar, sino porque lo hacemos sin la ayuda de nuestros sentimientos. De hecho, muchas veces habrá que creer en contra de nuestros sentimientos. Tomemos, por ejemplo, lo que dijo Jesús: *Todo lo que pidáis en mi nombre os lo daré* (Jn 14,12-13). Ciertamente, no es difícil admitir esto con la inteligencia. Sin embargo, nuestros sentimientos nos pueden replicar: «En cierta ocasión me encontraba yo en una verdadera dificultad. Le recé mucho al Señor, pero mi problema no se resolvió. ¿Por qué va a ser ahora distinto?»

Creer en Jesús, en este caso concreto, significa aceptar que lo que dice es verdad, aunque no tengamos pruebas racionales, e incluso teniendo en contra los sentimientos de la experiencia pasada. Este tipo de fe va metiendo, poco a poco, luz en nuestra mente y alegría en

nuestro corazón. De ese modo acogemos la promesa de Jesús también con nuestro corazón.

Ejercicio: Nombra una verdad que te cuesta creer. ¿Es tu mente o es tu corazón el que se resiste? Luego, nombra algo que te es fácil creer.

¿Es tu mente o son tus sentimientos los que lo aceptan? El Padre Chaminade afirma que este tipo de fe es. Esencial para el marianista, su forma normal de vida.

El método

La fe del corazón es fundamental para la formación del «hombre nuevo» en Cristo, porque transforma nuestro pensar y nuestro sentir. Para hacer efectiva nuestra fe, el Padre Chaminade nos propone un método para ejercitar la fe del corazón. Un análisis de los elementos de ese método nos ayudará a ejercitar la fe del corazón:

1. En primer lugar, debo tener muy claro el contenido de mi fe: ¿Qué es, exactamente, lo que creo? ¿Qué siento con respecto a ello? ¿Qué dicen de ese asunto mi mente y mi corazón? Pondré un ejemplo sacado de mi propia vida: ¿Creo realmente que Jesús me ha llamado a ser miembro de la Compañía de María? Si creo con la mente, la respuesta será: «Sí, creo que Dios quiere que yo sea marianista.. Pero mi respuesta también podría ser «Sí, lo creo... aunque no estoy muy seguro.. En este caso, la fe estaría debilitada por las dudas. Si mi respuesta fuese: «Realmente no lo sé., entonces debería concluir que no lo creo. En todo caso, necesito dar una respuesta clara de lo que acepto como verdad.

   Con todo, mi respuesta no debe incluir sólo lo que acepto con la mente, sino también lo que siento respecto a ello. Por ejemplo, puedo estar convencido de que Dios me ha llamado a ser marianista, pero puedo no estar contento por ello. Eso significaría que lo he aceptado con la cabeza, pero que lo estoy rechazando, y me estoy oponiendo a ello con el corazón. Cuando hago un acto de fe con la fe del corazón, acepto la verdad con mi mente y la acojo con mis sentimientos, con mi corazón. Si acepto una verdad con mi mente pero la rechazo con el corazón, nunca cambiaré ni actuaré en conformidad con ella. Por eso el Padre Chaminade

insiste en que sólo la fe del corazón es la fe que nos transforma y nos mueve a la acción.

2. Una vez que ya tengo claro lo que creo con la mente y con el corazón, formulo un acto de fe y lo repito frecuentemente. Dicho de otra forma, ejercito mi fe. Por ejemplo: «Creo, Jesús, que tú me has llamado a ser marianista y te doy gracias por ello.. A pesar de las dudas que tengo y de los sentimientos en contra que experimento, creo en esta gracia y quiero conservarla. Repito este acto concreto de fe hasta que se me convierta en una convicción que me dé sabiduría, alegría y motivación.

   Hay que tener presente que el acto de fe del corazón tiene tres características:

   a) El acto de fe debe estar referido a Dios. Con demasiada frecuencia referimos los actos de fe a nosotros mismos, en vez de a Dios. Por eso es bueno dirigirse a Dios al formular el acto de fe: "Creo, Jesús, que..."

   b) El acto de fe debe expresar muy claramente lo que la mente acepta: c... que tú me has llamado a ser marianista...» Es decir, sé claramente lo que creo.

   c) El acto de fe también debe expresar el sentimiento de mi corazón:"... y te doy gracias por ello".

Si queremos desarrollar toda nuestra personalidad por medio de la fe, es muy importante incluir estos tres elementos al hacer los actos de fe.

A veces ocurre que lo que expresamos en nuestro acto de fe aún no es realidad en nuestra vida. Pero si ejercitamos la fe del corazón, lo que creemos se irá volviendo, poco a poco, realidad para nosotros. Por eso hacemos actos de fe, pero pedimos al Señor que nos la aumente, porque sabemos que es un don suyo: Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe (Mc 9,24). A medida que crecemos en la fe, lo que creemos va formando parte, poco a poco, de nuestra vida.

3. Finalmente, debo preguntarme: ¿Cómo influye esto ien mi vida? ¿Es consecuente mi vida con lo que creo? Por ejemplo, si yo creo, con amor, que el Señor me ha llamado a ser marianista, ¿qué debo hacer al respecto? Si mi fe no se refleja claramente en mi vida, es una fe incompleta. Por

tanto, debo buscar la manera de vivir lo que creo. Mediante el ejercicio de la fe del corazón, especialmente durante la meditación, nos hacemos, poco a poco, hombres de fe. Cada vez nos guiamos más, en nuestra conducta, por lo que creemos, y nuestros sentimientos se van conformando según nuestras creencias. Pero lo más importante es que los planes de Dios se van realizando en nosotros en la medida de nuestra fe. El misterio de la Anunciación sigue realizándose en nosotros.

¡Qué admirable es la fe de la augusta María! Ella cree en los misterios que le son anunciados, y estos misterios se cumplen en Ella, y sólo se cumplen por haber creído. Fe, cumplimiento, ¡qué enseñanza para nosotros! Esos mismos misterios nos son anunciados a nosotros, y se cumplirán... en la medida de nuestra fe (ED II, 9).

Si queremos que la fe abarque y transforme !toda nuestra vida, apliquemos este método de .la fe del corazón a todo.

Ejercicio:

1. Formula un acto de fe del corazón: ¿qué crees y que sientes respecto a ello?
2. Repite ese acto de fe con frecuencia.
3. Revisa periódicamente cómo se refleja en tu vida esa fe y comprueba cómo se convierte en realidad lo que crees.

3. LA EXPERIENCIA DE LA LLAMADA DE DIOS

Nadie puede vivir con provecho el estilo de vida marianista si no ha sido llamado a él por Dios. Efectivamente, no se trata sólo de una decisión personal. La vida marianista es uno de los varios caminos que existen para llegar a Jesús, pero Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae Gn 6,44). En otras palabras: que si no hemos sido llamados por Dios, nos será muy difícil entender y vivir la espiritualidad marianista.

El Padre Chaminade hizo una observación muy interesante al escribir, en una ocasión, a los responsables de la formación de los candidatos a la Compañía de María. Les dijo que no se debían explicar

demasiado los principios de la vida marianista, hasta que la persona no estuviese completamente convencida de que Dios la llamaba a esa forma de vida.

> *A veces, hasta puede ser peligroso explicar la hermosa vía de la perfección cristiana y religiosa a quienes todavía están dominados por sus pasiones o aún no han gustado el inestimable don de haber sido llamados por Dios (ED 11, 2).*

Si analizamos esta afirmación, vemos que el Padre Chaminade no dice solamente que hay que estar convencido mentalmente de la llamada de Dios, sino que hay que sentirla, gustarla. Es decir, que si una persona no cree, con la fe del corazón, que Dios la está llamando, nunca entenderá el camino hacia Dios en la Familia Marianista. De hecho, fácilmente interpretará malla voluntad de Dios.

El hecho de sabemos llamados por Dios nos llega a través de la fe del corazón. No lo experimentamos como algo exterior a nosotros. Pueden darse signos providenciales externos que confirmen esa llamada, o personas que nos ayuden, pero todas esas no son sino meras ayudas y confirmaciones de nuestra llamada interior. La llamada de Dios la experimentamos en los actos de fe del corazón. Es decir, creemos con la mente y aceptamos con los sentimientos el hecho de que Dios nos llama.

> **Ejercicio:** ¿Qué piensas de la llamada que Dios te hace? ¿Qué sientes respecto a ello?

Características de la vocación marianista

Una auténtica llamada de Dios a seguir a Jesús por el camino de la espiritualidad marianista tiene siempre dos características generales:

- En primer lugar, experimentamos el deseo de ser formados en las virtudes de Jesús y de vivir esas virtudes en nuestra vida diaria. Queremos, a pesar de las resistencias de nuestro egoísmo, identificamos con Jesús, viviendo sus mismas actitudes y disposiciones. Entendemos esta llamada como la convicción de que debemos cambiar nuestra personalidad, para ser formados a imagen del mismo Jesús. Cuando nuestros sentimientos ya están dispuestos para tal cambio, estamos creyendo también con el corazón.

- La segunda característica de nuestra vocación a la espiritualidad marianista es el sentido de misión. Al imitar las virtudes de Jesús, nos sentimos llamados a trabajar por la llegada del Reino de Dios, a llevar a nuestro mundo la palabra de Cristo. Entonces comprendemos la urgencia que ardía en el corazón de Jesús: He venido a arrojar un fuego en la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendida! (Lc 12,49).

A pesar de que hemos tratado por separado estos aspectos, en la práctica son inseparables. Por una parte, las virtudes de Jesús no están presentes, realmente, en nosotros, mientras no nos llevan a hacer la obra de Jesús. Por otra parte, es imposible realizar la obra de Jesús sin la fuerza de sus virtudes.

Efectos de la llamada de Dios

Para ayudamos a ejercitar la fe del corazón en lo relativo a nuestra vocación marianista, pensemos un poco en lo que ocurre cuando Dios nos elige y nos llama. Esta nueva forma de hacerse presente Dios en nuestra vida nos produce, si la aceptamos, un cambio profundo. Mediante la fe del corazón podemos percibir este cambio en nosotros. ¿Cómo se realiza?

En primer lugar, cuando Dios nos llama, toma posesión de nuestra vida. Dios hace su llamada de tal forma que altera nuestra existencia. Con frecuencia, y para manifestar el nuevo estado de los que ha llamado, Dios les cambia el nombre: *Te llamarán con un nombre nuevo que la boca de Yahvé declarará* (Is 62,2), dijo Dios a 1saías. En el Apocalipsis (2,17), el Espíritu dice que aquellos que perseveren en el seguimiento de Jesús recibirán *una piedrecita con un nombre escrito en ella: un nombre nuevo que nadie conoce, sino sólo el que lo recibe.*

El nombre nuevo simboliza una nueva vida, una existencia transformada. La verdadera orientación de nuestra vida, el motor de la misma, cambian por efecto de la llamada de Dios. La costumbre que tenían muchas órdenes religiosas de que sus miembros cambiasen de nombre al profesar era un símbolo del cambio que debía producirse en la vida del llamado por la vocación. Tal cambio no era, necesariamente, del pecado a la gracia, sino de la gracia a la santidad.

Cuando experimentamos que Dios nos llama, también experimentamos que nuestro mundo cambia. La vocación no significa separación del mundo, pero sí una forma nueva de relación con él: Al elegiros, os saqué del mundo,. dice Jesús a los apóstoles; pero añade:

Padre, no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno, en el mundo. Ellos no pertenecen al mundo, dice, pero también dice: Los he enviado al mundo (Jn 15,19; 17,15.18). La llamada de Dios cambia nuestras relaciones con el mundo.

Cuando Dios toma posesión de nuestra vida por la vocación, el cambio que se opera en nosotros es radical. Lo cual no quiere decir que tenga que ser violento o instantáneo. Puede ser gradual. Pero es total. Este cambio sólo se detiene cuando nos resistimos o no colaboramos. Cambian nuestros hábitos, nuestra forma de pensar... todo. Debéis *despojaros del hombre viejo, que se corrompe. siguiendo la seducción de la cuppiscencias, y renovar el espíritu de vuestra mente, revistiéndoos del hombre nuevo creado según Dios* (Ef 4,22-24). Para el marianista, este cambio se concreta en la asunción completa de las virtudes de Jesús, hecho que ya hemos señalado como primera característica de la vocación marianista.

Hay un segundo elemento importante en nuestra vocación. Como decíamos arriba, la llamada de Dios supone siempre una misión. El Padre Chaminade repetía que todo marianista es un misionero. Jesús mismo dijo: Os he elegido, y os he destinado para que deis fruto y que vuestro fruto permanezca (Jn 15,16). No es necesario que sepamos exactamente qué vamos a hacer: nos basta saber que Dios quiere hacer el bien a través nuestro.

> *Nosotros, los últimos de todos, nos creemos llamados por María misma a secundarla con toda nuestra fuerza en su lucha contra la gran herejía de nuestro tiempo, y hemos tomado como divisa, tal como lo declaramos en nuestras Constituciones (art. 6), las palabras de la Santísima Virgen a los servidores en las bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga). Nuestra misión propia es practicar con el prójimo todas las obras de celo y de misericordia.*
>
> *¡Nuestra obra es grande, es magnífica! Si es universal, es porque somos los misioneros de María, que nos ha dicho: «Haced lo que Él os diga.. Sí, todos somos misioneros. A cada uno de nosotros ha confiado la Santísima Virgen un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo (EM II, 81-82).*

Este sentido de misión nos lleva a estar constantemente atentos a la inspiración interior y a los signos providenciales que son expresión del mandato Haced todo lo que Él os diga. Asimismo, nos impele a actuar con prontitud para realizar los servicios indicados.

Todavía se produce un tercer cambio radical en nuestra vida cuando Dios nos llama. Al escogemos, Dios quiere convertirse en la fuente que colma todas nuestras necesidades. A veces hacemos de nuestra vida algo insoportable al intentar construirla nosotros mismos. Tratamos de dejar bien asentada nuestra propia importancia, buscamos conseguir la aprobación de los demás, tendemos a aseguramos nuestra libertad y un razonable confort. Pero Dios nos llama a una vida mucho más grande que las posibilidades de nuestros recursos y Él mismo se nos ofrece para colmar todas nuestras necesidades.

En otras palabras: cuando Dios llama a uno, le da todo lo necesario para seguir su llamada: Convocó a los doce y les dio poder y autoridad (Lc 9,1). Jesús era la fuente de todo lo que necesitaban. Pero para experimentar plenamente ese nuevo poder y esa nueva autoridad, había que abandonar la forma propia de actuar: No llevéis nada para el camino (Lc 9,3). Hay que tener cuidado de que nuestros apegos, nuestra forma de actuar, e incluso nuestros propios recursos, no sean un obstáculo a la acción del Espíritu Santo.

Creer que Dios nos llama es creer también en la promesa de Jesús: Todo lo que pidáis en mi nombre lo haré Un 14,13). Los doce experimentaron esta providencia en la última Cena. En ella Jesús les preguntó: Cuando os envié sin bolsa, sin alforjas ni sandalias, ¿os faltó algo? Ellos respondieron: Nada (Lc 22,35). ¡Qué hermosa realidad se cumple en aquellos que son llamados por Dios y creen en su Providencia!

4. PRINCIPIOS DE LA ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

En la vida espiritual hay algunas leyes que debemos respetar si queremos crecer en madurez. No vienen impuestas por nadie desde fuera, son unos principios que emanan de la naturaleza misma de la vida espiritual. Los seis principios que a continuación se exponen aparecen continuamente en cualquier síntesis que se haga de la espiritualidad marianista. Esos principios nos ayudan a modelar nuestras actitudes y a guiarnos en el cumplimiento de nuestra misión. También nos muestran cómo nos va haciendo María semejantes a Jesús, y cómo sigue ella prolongando la presencia transformadora de Cristo en el mundo.

1º La calidad de nuestra presencia es más importante que nuestra acción

A menudo oímos decir que es más importante lo que *somos* que lo que *hacemos.* A pesar de ello, con demasiada frecuencia medimos nuestra importancia sólo por lo que hacemos, ignorando la *presencia* que transmitimos en nuestro trabajo. Cualquier actividad nuestra lleva consigo un «aura», que es más importante que el mismo trabajo. Kahlil Gibran lo expresa muy bien en El Profeta: «El trabajo es amor hecho visible. Si no puedes trabajar con amor, sino sólo con disgusto, es mejor que dejes tu trabajo, te sientes a la puerta del templo Y pidas limosna a los que trabajan con alegría. Porque si amasas el pan con indiferencia, amasas un pan amargo que sólo alimenta a medio hombre hambriento».

Por eso queremos hacer nuestro trabajo con las virtudes de Jesús. Nuestro trabajo debe ser las virtudes de Jesús hechas visibles. El resultado más importante de nuestro trabajo viene dado por la calidad de nuestra presencia cuando trabajamos.

Tener *presencia*, estar presente para los demás, significa estar con alguien, de forma tal que se produzca en él un cambio. Este cambio puede ser sutil, puede pasar desapercibido; pero existe: siempre cambia «algo». Por ejemplo, estás trabajando en una habitación en la que hay más gente: te haces «presente» a ellos en la medida en que algo cambia en ellos: su conciencia, su foco de atención, sus sentimientos, lo que hablan, etc. Estos cambios son un índice de la calidad de tu presencia. ¿Te ha pasado alguna vez estar trabajando con un grupo y que éste haya cambiado su tema de conversación? ¡Se notó tu presencia! Si entras en un local lleno de gente y nada cambia en nadie, no estás realmente presente para ellos.

Nuestra presencia puede ser superficial o profunda. Si el impacto más grande lo provocamos con nuestra forma de vestir o con el estilo de nuestro peinado, nuestra presencia es absolutamente superficial. Si nuestra presencia está marcada por el cariño, el interés, el amor, la ayuda, los demás contactan con nosotros a un nivel más profundo, y el cambio que en ellos se opera es más significativo: la presencia de un carpintero puede cambiar los muebles; la presencia de un médico puede cambiar la salud; la presencia de un santo puede cambiar la vida misma.

Nuestra presencia puede ser *positiva o negativa*. Es decir, el cambio que nuestra presencia opera en los demás puede ser para bien o para mal. ¿Has rechazado alguna vez un favor a alguien sencillamente porque no querías contactar con la presencia de esa persona? En ese caso, estabas resistiéndote a un cambio que juzgabas

negativo. Jesús se resistió a este tipo de cambio cuando Satanás se le presentó en el desierto (Lc 4,1-12). Cuando el Mal le dejó, Jesús ya no fue tentado más (Lc 4,13). La presencia de Satanás arrastra al mal, la presencia de Jesús conduce al bien. Por esa razón Jesús quiere estar siempre con nosotros: *Estaré con vosotros todos 105 días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20). Su mayor deseo es que estemos con él: *Padre, quiero que 105 que tú me has dado estén conmigo donde yo esté* (Jn 17,24).

Nuestra presencia nunca es *estéril o inactiva*. Es una relación que transmite lo que somos. Si nuestra presencia va acompañada de amor, compasión o amabilidad, tenderá a generar vida. Si nuestra actitud es de indiferencia, envidia u odio, tenderá a destruir. La presencia genera vida sólo si se ama, si se interesa uno por los demás. Nosotros queremos que hasta nuestro trabajo más corriente sea hecho con una presencia que genere *vida, y vida en abundancia*.

Por el bautismo, el espíritu del hombre es regenerado; de tal suerte que recibe inclinaciones nuevas: recibe las inclinaciones de Jesucristo, en vez de las de Adán que antes le llenaban en virtud del comercio con la carne maldita tomada de Adán y que lleva consigo las inclinaciones de su padre (ED II, 12).

2º La calidad e nuestra presencia viene determinada por las virtudes de Jesús en nosotros: "Lo esencial es lo interior"

El efecto de nuestra presencia depende, sobre todo, de nuestras actitudes, de nuestras disposiciones internas y de nuestras virtudes. La presencia transforma, y esa transformación será superficial o profunda, positiva o negativa, según la calidad de nuestra vida interior. Así, tienen más valor los cambios debidos a una presencia que viene de lo interior que los impuestos por una fuerza exterior.

Cuando hablamos de «vida interior» nos estamos refiriendo a eso que Jesús vino a traemos en abundancia (Jn 10,10); es decir, a la energía espiritual que nos capacita y nos mueve desde dentro. Nos movemos a nosotros mismos porque estamos vivos: los muertos no se mueven, son llevados por otros al cementerio. No tienen iniciativa interior ni movimiento propio. La vida nos llena de creatividad, motivación y alegría.

Experimentamos nuestra vida interior como una serie de impulsos, tendencias y deseos dirigidos por nuestras virtudes y nuestras disposiciones interiores. San Pablo dice que Jesús murió al pecado, por lo que ahora su vida es una vida con Dios (Rom 6,10). Él no estaba «dispuesto» para hacer el pecado, sino que estaba «dipuesto», por el amor, a hacer en todo la voluntad del Padre.

La presencia de las virtudes de Jesús en nosotros nos aportan nuevas inclinaciones, impulsos y deseos:

> *Por el bautismo, el espíritu del hombre es regenerado; de tal suerte que recibe inclinaciones nuevas: recibe las inclinaciones de Jesucristo, en vez de las de Adán que antes le llenaban en virtud del comercio con la carne maldita tomada de Adán y que lleva consigo las inclinaciones de su padre (ED II, 12).*

La dirección que tome nuestra energía vital dependerá de cómo esté dispuesta nuestra personalidad, nuestra psique. Nuestras actitudes, nuestras disposiciones nos preparan e inclinan a actuar de una determinada manera. Por eso es tan importante crecer en las virtudes de Jesús, puesto que ellas determinan la calidad de nuestra presencia.

> *Lo propio de un cristiano es revestirse, en su interior, de las inclinaciones, costumbres y virtudes de Jesucristo (Rom 13,14) (ED II, 51).*

Los capítulos 8, 10 Y 12 de este Manual ofrecen un método práctico para crecer progresivamente en las virtudes de Jesús.

3.° El cambio radical que nuestra vocación marianista nos exige es, normalmente, gradual y progresivo. A veces es repentino, pero nunca violento. Ésa es la manera que tiene María de formarnos

Es importante tener presente este principio; si no, corremos el peligro de impacientamos y de querer forzar las cosas y a nosotros mismos. También existe el peligro de no ser conscientes del cambio que se va operando en nosotros y, en consecuencia, abandonar el esfuerzo.

Puesto que nuestro crecimiento en las virtudes de Jesús y nuestra participación en sus trabajos son graduales y progresivos, es

muy importante perseverar fielmente en la práctica diaria de esas virtudes yesos trabajos.

La parábola de la semilla de mostaza sembrada en el campo y de la levadura que se introduce en la masa es, a este respecto, una lección muy importante. El cambio que se opera es asombroso, pero gradual, progresivo (Mt 13,31-33). Sólo nos damos cuenta del resultado cuando ya todo está concluido. El mismo Jesús fue formado, y creció, gradual y progresivamente, por la acción del Espíritu Santo en María.

4.° Toda gracia es una colaboración. Vivir las virtudes de Jesús y realizar sus obras es siempre fruto de la colaboración entre Dios y nosotros

Tanto Dios como nosotros ponemos nuestro 100 % al mismo tiempo. Naturalmente, el 100 % de cada una de las dos partes no es igual. Pero ambos socios son igualmente importantes para el resultado final. Es como el coche y la bujía: ciertamente, ambos no tienen la misma importancia; pero si no tenemos bujía, el coche entero queda paralizado.

> *La salvación y la santificación son, al mismo tiempo, obra de Dios y del hombre: de Dios, por su gracia y por la luz de la fe; del hombre, por su fiel y constante cooperación con la acción divina (ED II, 2).*

El mismo Jesús nos dice que Él es la vid y nosotros los sarmientos. Y recalca que no podemos dar frutos' si estamos separados de él. Pero también es cierto que los racimos de uva crecen en los sarmientos, no en el tronco de la vid. Cuando damos nuestro 100 %, debemos hacerla siempre en unión con Dios y María, quienes también pondrán su 100%. Tanto la vid como los sarmientos son siempre necesarios para que se dé el fruto.

5.° La conformidad con Cristo en sus virtudes y en sus obras implica siempre una acción doble

- . Morir y renacer a una nueva vida.
- . Eliminar vicios y desarrollar virtudes.
- . Negar el hombre viejo y desarrollar el hombre nuevo.

- . Dar muerte a una cosa y dar vida a otra.

Ambas acciones deben ejercitarse al mismo tiempo, para mantener el debido equilibrio en nuestra vida espiritual. La tendencia a insistir en una mucho más que en otra, hasta el punto de crear un desequilibrio, es el resultado de no ejercitarlas a la vez. Cuando tenemos verdaderas dificultades en nuestra vida o trabajo, es bueno examinar si poseemos ese equilibrio. En esto radica, con frecuencia, nuestra dificultad.

> *No basta con haber renunciado al mundo y a sí mismo; además, hay que entrar en la vida de Jesucristo, que es la nueva criatura a cuya imagen debe formarse en nosotros el hombre perfecto (ED II, 54).*

6.° Una virtud sólo es completa cuando se expresa en servicio

Por esta razón venimos repitiendo que debemos adquirir las virtudes y las obras de Jesús. Si una virtud es realmente de Jesús, nos impulsará al servicio. Si el servicio es realmente cristiano, provendrá de una virtud de Jesús. La distinción entre virtud y servicio es sólo mental, no real: la virtud que no se expresa en servicio es estéril; las obras que no provienen de las virtudes de Jesús terminan siendo destructivas.

Todos estos principios se encuentran -a veces desperdigados- en las diversas síntesis que existen de la espiritualidad marianista. Aquí los presentamos juntos, para que comprendamos mejor el método de la espiritualidad marianista.

5. LA PRESENCIA ACTIVA DE MARIA

Cuando una idea, un concepto, nos abruma por su magnitud, recurrimos a imágenes y superlativos para explicarlo. Tal fue el caso del Padre Chaminade con respecto a la Santísima Virgen María: estaba profundamente impresionado por la forma en que Dios había puesto a María en el centro de su amor, y por las enormes consecuencias, para nosotros, de esta verdad. Para nuestro objetivo, basta considerar ahora sólo tres puntos de la riquísima doctrina del Padre Chaminade sobre María:

a) María es la «esposa» de Dios

La fe del Padre Chaminade le llevó a un conocimiento profundo de la relación existente entre Dios y María. Dios la ama tanto que la introduce por completo, y en todos los aspectos, en su propia vida. Ahora bien, ¿cómo podemos expresar esa relación? La Sagrada Escritura emplea la palabra «esposa» (Is 54,S) cuando habla del amor que Dios tiene a sus criaturas. También Jesús usa esta imagen para expresar su relación con sus discípulos y con la Iglesia (Mt 9,15; 22,1; 25,1). El Padre Chaminade también usa el término «esposa» para explicar la intimidad y fecundidad de la relación existente entre Dios y María.

En esta relación con María como con una esposa, Dios otorga a María, en medida superabundante, su propia vida y su poder. Un cónyuge no retiene para sí solo el uso o el disfrute exclusivo de nada ni el ejercicio de ningún poder. Todo lo que un cónyuge es y posee está a disposición del otro. Como esposos, viven, usan cosas, disfrutan y ejercen el poder juntos, como uno solo. Del mismo modo, al elegir Dios a María, le confiere la plenitud de la gracia, es decir, la plenitud de la propia vida de Dios. María, por su parte, fue totalmente fiel a esta relación «conyugal» y, en consecuencia, perteneció por completo a Dios.

La fidelidad de María a esta gracia, «esposa» de Dios, es su mérito mayor y más hermoso.

> *En la elección de María por Dios vemos la acción de la gracia y la espléndida generosidad de la misericordia infinita: es algo exclusivo del Señor, que distribuye sus dones como le place. Pero la fidelidad de María no es obra de la gracia hasta el punto de que deje de ser, también, resultante de la cooperación de María con el Espíritu de Dios en ella. Precisamente en esta cooperación estriba la principal gloria de María. Esta fidelidad es la que le ha merecido tanto poder y crédito en el cielo y en la tierra y la que la ha colocado por encima de toda alabanza (EM II, 516).*
>
> ."

Todo lo que se realiza en María y por medio de ella es obra del Espíritu Santo con la cooperación de la Virgen: El poder del Altísimo vendrá sobre ti y el Espíritu Santo te cubrirá con su sombra... He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según su Palabra (Lc 1,35-38).

El amor «conyugal. de Dios a María es fecundo. Produce vida para el mundo entero: la vida de Dios presentada en forma humana para que sea asequible a todos. Cualquier relación de amor con el Espíritu Santo, mediante la fe, produce siempre nueva vida.

> *La Encarnación, considerada en su resultado necesario, es fruto del matrimonio divino del Espíritu Santo con la augusta Virgen. Es un matrimonio espiritual y fecundo que, en el orden natural, da la vida a su Hijo, Jesucristo, y en el orden espiritual, por la fe, produce la regeneración de la vida de todos los hombres (EM II, 486).*

El abundante amor de Dios a María es eterno, y es una parte del inmenso deseo de Dios de renovar el mundo y traernos nueva vida en abundancia.

> *El amor de Dios a María es eterno, en razón de su plan eterno de la Encarnación. La realización de este gran misterio llenó su sagrada humanidad del amor eterno que Él tenía por Ella. Lo que no ceso de admirar desde hace algún tiempo, demasiado poco tiempo, es que María fue asociada, en el misterio de la Encarnación, a la fecundidad del Padre, por su fe viva, animada de una caridad inconcebiblemente grande (EM II, 115-116).*

b) La influencia maternal de María sobre nosotros

La concepción de Jesús en María no fue un mero acto humano o una simple generación física. Fue un acto de fe y de amor «conyugal.. Por consiguiente, abarca mucho más que el simple hecho de darle a Jesús su humanidad. Su acto de concebir mediante la fe en el poder del Espíritu Santo abarca el proceso entero de llevar la vida de Jesús a cualquier creyente.

> *Cuando María dio su consentimiento a la Encarnación del Verbo, concibió a éste todo entero, tanto en su cuerpo natural como en su cuerpo místico, pues no podía separarlo de aquellos que debían formar uno solo con Él. Al aceptar María el honor de la Maternidad divina, aceptó la doble cualidad de Madre de Jesús, tanto del individuo como de la plenitud de su cuerpo místico, que es la Iglesia (Ef 1,23). Al concebir naturalmente al Salvador en su seno virginal, concibió espiritualmente en su alma, por su amor y por su fe, a todos los cristianos como miembros de la Iglesia, es decir, miembros de Jesucristo (EM II, 482).*

El amoroso acto de fe de María – fe del corazón-fue un elemento imprescindible para que Jesús naciese y creciese en nosotros.

> *Su amor, que la hizo cooperar en el nacimiento de la Iglesia, la hizo madre, según el espíritu, de los miembros del Salvador (ED II, 7).*

El amor maternal de María se une a nuestro acto de fe a fin de producir las condiciones necesarias para que la vida de Jesús arraigue en nosotros: Para que Cristo habite en vuestros corazones por la fe (Ef 3,17).

Si María es nuestra madre, su presencia en nuestra vida debe ejercer una influencia formadora. Su presencia es la condición más favorable y necesaria para que la vida de Jesús se desarrolle en nosotros. María ejerce una influencia activa para modelar nuestra vida según la de Jesús. El Padre Chaminade explica esto considerando que la vida de Jesús es una vida de "influencia" (ED II, 9 Y 345). El significado etimológico de "influencia es "fluir en" algo y afectarlo sensiblemente. La vida de Jesús, generada por el Espíritu Santo en María, es una vida de "influencia" en un doble sentido:

En primer lugar, influyó en la propia María. Así como su naturaleza humana formó físicamente a Jesús a la manera de su propia imagen, así también la presencia espiritual de Jesús formó interiormente a María a su propia semejanza.

> *María fue asociada, desde entonces, a todos los misterios de Jesús, tanto en lo que tienen de exterior como en lo que tienen de interior, a fin de que la conformidad de María con Jesús fuese la más perfecta posible. O, más bien, que hubiese entre ellos la máxima uniformidad posible (ED 11, 467).*

En segundo lugar, la vida del Espíritu en Jesús, que transformó interiormente a María, también influye en nosotros. La misma transformación que se produjo en María se producirá en nosotros, en la medida en que nuestra fe y nuestro amor permitan al Espíritu Santo, por medio de la Madre de Jesús, generar esa vida en nosotros.

Esta verdad tiene una enorme trascendencia en nuestra vida marianista. Cuanto más conscientemente vivimos la presencia de María en nuestra vida, tanto más le permitimos que su presencia nos configure internamente a imagen de Jesús. Esto es bastante más que un simple configurar nuestro espíritu según un modelo exterior. El modelo es interior; por tanto, lo que generamos en nosotros son las

virtudes mismas de Jesús. Nuestro cometido es vivir en la presencia de María y estar totalmente abiertos al influjo de esa presencia. Cualquier influencia que ella ejerza sobre nosotros vendrá en esta línea de la identificación con Jesús, de ser uno con Él.

> *¡Qué poderoso medio para llegar a la semejanza con Cristo es tener por madre a .la misma madre de Jesucristo! (ED 11, 317).*

Otra consecuencia práctica de esta verdad es que tomamos en serio las palabras que Jesús dirigió a su madre y al discípulo amado, en la hora de su muerte, en el Calvario:

> *Al decir al discípulo predilecto: «He ahí a tu madre», quería decirle: «Ahí tienes a la que te engendró espiritualmente a la fe cuando me concibió corporalmente . en su seno. Es madre tuya como lo es mía; no a igual título, ciertamente, pero sí, en todo caso, a título de generación» (EM n, 489).*
>
> *Al decir a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», Jesús parece decir1e: «Nueva Eva, después de cumplir .su misión, tu primogénito va a volver al Padre. Pero este otro hijo de tu fe y de mi amor no ha cumplido todavía la suya. ¡Mujer... a ti te lo confío!» (EM n, 490).*

En el momento en que comprendemos esta gracia, estamos haciendo un lugar a María en nuestra casa (Jn 19,27).

c) María fue asociada a todos los misterios de Cristo

Jesús asoció a María a todos los misterios de su vida, muerte y resurrección, así como a su continua presencia y acción en la Iglesia por medio del Espíritu Santo. Si vemos, por la fe, que el Espíritu ha tomado a María como su constante y permanente esposa para cumplir todos los misterios de Jesús, creeremos en su constante y permanente asociación a los misterios de Jesús, prolongados hoy en la Iglesia. Este es el fundamento de la misión de María. Y como marianistas, creemos que es también el fundamento de nuestra misión propia.

Estamos diciendo que María está unida al Espíritu de Jesús en todas las gracias que se dan en la Iglesia en general y en cada individuo en particular. Aquellos momentos en los que la cooperación y la asociación de María a Jesús son evidentes (Anunciación, Nacimiento, Caná, Calvario, Pentecostés) ofrecen a nuestra fe un claro ejemplo de cómo está asociada María a Jesús en todo lo que éste hace. Ella está presente como madre en cada uno de sus misterios,

mediante sus deseos, su compasión, su alegría al escuchar las alabanzas que dirigían a Jesús, su admiración ante sus enseñanzas, su dolor por los malos tratos que recibía, sus súplicas al Padre, junto a Jesús, durante las largas noches de oración... (Recuérdese el principio número 1 de la espiritualidad marianista, relativo a la presencia que transforma: página 37). El papel universal de María está claro para los ojos de la fe.

El Padre Chaminade vio, en la eficaz presencia de María, a la Mujer prometida que aplasta la cabeza de las obras del Maligno en este mundo. Vio a María muy activa en nuestro tiempo, yeso constituía el fundamento de su gran confianza y entusiasmo:

> *Como Reina de los hombres y de los ángeles, el cetro de misericordia que su divino Hijo le confiara nunca brilló con esplendor más vivo y más hermoso que en nuestros días. Nunca, la necesidad y el poder de su mediación se han mostrado tan ostensiblemente. Nunca, tal vez, apareció María de forma tan evidente como la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente infernal. En vano la insulta la indiferencia religiosa. María triunfará de esa indiferencia como triunfó de todas las herejías. Lo que llama la atención, consuela y da seguridad es la acción providencialmente visible de María, especialmente hoy, sobre toda la humanidad, y de una manera particular sobre los cristianos (EM II, 435-436).*

El papel de María es cuestión de fe. Cuanto más creemos en él, tanto más su presencia es efectiva para establecer, en este mundo tan necesitado, la justicia y la paz del Señor.

> *Creemos firmemente que Ella vencerá esta herejía (la indiferencia religiosa) como venció todas las otras, porque Ella es, hoy como siempre, la Mujer invencible, la mujer prometida que aplastaría la cabeza de la serpiente infernal (EM II, 74).*

Como marianistas, nos creemos llamados a participar en la misión urgente y difícil de generar la vida del Espíritu en la gente y de establecer la justicia y la paz de Jesús en todo el mundo. No nos creemos especialmente capacitados o preparados para esta misión, pero sí creemos que hemos sido llamados a ella:

> *Nosotros, los últimos de todos, que nos creemos llamados por la misma María a secundaria con toda nuestra fuerza en su lucha contra la herejía de esta época, hemos tomado como lema estas palabras de María a los servidores de las bodas de Caná: «Haced*

lo que Él os diga). Convencidos de que nuestra misión propia, a pesar de nuestra debilidad, es ejercer para con el prójimo todas las obras de celo y de misericordia, adoptamos todos los medios posibles (para remediar las necesidades de nuestro tiempo) (EM II, 81).

Como marianistas, creemos en la eficacia de la presencia de María. Creemos que estamos llamados a llevar el influjo de su presencia a todos los lugares, pero especialmente a la gente más necesitada y a las situaciones que reclaman más apoyo o transformación. Creemos en el poder de su presencia, puesto que la presencia de María garantiza la del Espíritu Santo. Por eso nos preocupamos por meter la presencia de María en todo cuanto hacemos, lo mismo si estamos preparando unas judías verdes para la cena que si estamos trabajando en cambiar las estructuras económicas del mundo que oprimen al pobre.

Nuestra obra es grande, es magnífica. Si es universal, es porque somos los misioneros de María, que nos dice: «Haced lo que Él os diga». Sí, todos somos misioneros (EM 1I, 82).

Dios ha otorgado a María un amor universal y operante por toda la humanidad. Su amor es compasivo y creativo. Pero, corno cualquier otra realidad espiritual, la presencia de María, para encarnarse en este mundo, precisa de personas que trabajen duro.

Si nos fuese posible leer en su sagrado corazón todos los planes ideados por su ternura para salvar al mundo del naufragio universal, nos aplicaríamos más a su culto. Su nombre estaría en nuestros labios más a menudo y con más confianza, y experimentaríamos con más alegría los maravillosos efectos del poder que Dios ha puesto en sus manos (EM 1I, 437).

Para salvar al mundo, el amor de Dios necesita ser encarnado. Jesús tornó, por medio de María, una naturaleza humana, para que el amor de Dios pudiese llegar al hombre y transformarlo. Jesús envió su Espíritu Santo al corazón de sus discípulos, que estaban deseando recibir ese Espíritu. También María necesita gente que encarne su amor y permita que su presencia entre los hombres sea influyente. El Padre Chaminade nos presentó la imagen de María depositando en nosotros el amor a Ella, y la imagen de su amor actuando en nosotros cuando nos entregamos a su misión.

Somos especialmente los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen.. Depositarios de los planes ideados por su

caridad casi infinita, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el fin de nuestra vida, y de hacer puntualmente cuanto Ella nos diga, felices de poder gastar en su servicio una vida y unas fuerzas que le son debidas (EM II, 75).

6. REZAR CON FE DEL CORAZON: EL «METODO COMUN»

La oración es nuestro momento de encuentro consciente con Dios. Es especialmente durante ese tiempo de encuentro consciente con Dios cuando Éste otorga sus mayores favores y dones a aquellos que ama. En el momento de la oración es mayor nuestro crecimiento en las virtudes de Cristo. Por tanto, las horas dedicadas a la oración son las más preciosas de nuestra vida.

Cómo rezamos es tan importante como cuánto rezamos. Por tanto, la forma en que rezamos establece una diferencia: Para hacer bien la oración mental, es muy importante seguir un método; si no se tiene un método, incluso hasta para las cosas más sencillas, se fracasará (EO 191).

Para ayudamos a rezar bien, el Padre Chaminade nos dejó un método de oración, conocido entre los marianistas con el nombre de «método común» de oración. Los cinco puntos que vienen a continuaci6n son una síntesis de dicho método.

1º Escoger el tema de la oración

Si la oración es nuestro encuentro más consciente con Dios, debemos considerar el tiempo de oración corno un precioso tesoro. Es muy importante escoger el terna de oración de antemano (la noche anterior para la oración de la mañana, y la mañana para la oración de la tarde), porque el texto, verdad o misterio elegido empieza a influir en nuestro espíritu desde el momento mismo en que lo elegimos corno terna de nuestra oración.

Generalmente, los temas de oración son de una de estas tres clases: un texto de la Escritura (por ejemplo, el salmo 23), una verdad de fe (por ejemplo, Dios me ha creado y me sustenta en el ser), o un misterio de Jesús (por ejemplo, Jesús muere en la cruz). A veces, nuestras necesidades personales nos llevarán a elegir otros temas. Así por ejemplo, si notamos que se debilita nuestro fervor en la misa, o que tenemos una cierta aversión hacia el sacramento de la

reconciliación, podemos tornar esos hechos corno temas de oración a la luz de la fe.

Al escoger el terna, seguimos nuestras necesidades, la atracción interior o la gracia que deseamos obtener en la oración. Por ejemplo, si quiero fortalecer alguna convicción o crecer en la fe, escojo un texto de la Escritura o del magisterio de la Iglesia. Si quiero cambiar o adquirir una determinada actitud o disposición, escogeré algún misterio, es decir, algún pasaje de la vida de Jesús o de María que muestre esa actitud. Si he sido enriquecido por algún don interior del Espíritu Santo en la oración, puedo decidir mantenerme en tal gracia durante la oración. Escogemos, pues, el terna, considerando cuál nos conduce más fácilmente al resultado deseado. Fijamos en nuestra mente el terna de la oración y el fruto deseado, de forma que podamos recordarlo fácilmente en cualquier momento.

Una vez preparado el terna, lo guardamos en nuestra memoria corno un tesoro que descubriremos en el próximo momento de oración.

2.° Entrar en la oración

Para empezar bien la oración, hay que tener en cuenta estas cuatro consideraciones, que son muy importantes:

1º La presencia de Dios

Dios nos rodea siempre con su presencia, dispuesto a comunicarse con nosotros. Aunque a veces no seamos conscientes de ello, estamos permanentemente en presencia de Dios. Por eso debemos empezar la oración siendo conscientes de esa presencia, prestando atención a Dios, recordando que nos ve y nos escucha. Iniciada la oración, nos mantendremos en su presencia durante todo el tiempo de la misma.

Empezaremos por recordar, bajo algún aspecto específico, quién es Dios: nuestro creador, nuestro padre, el rector del universo, el omnipotente, la fuente de toda vida, etc., y le expresamos nuestros sentimientos de admiración, reverencia, alabanza, etc. Todo lo que brota de nuestro interior.

Al mismo tiempo reconocemos, también bajo diversos aspectos, lo que nosotros somos en presencia de Dios:

criaturas suyas, amados por Él, mimados por Él, limitados, pecadores, ignorantes, elegidos, etc. Y de nuevo le expresamos nuestros sentimientos al efecto.

Ver a la luz de la fe quién es ese Dios que nos ayuda a saber quiénes somos en su presencia. En la oración, el conocimiento de uno mismo y el conocimiento de Dios son inseparables, puesto que la oración siempre es una tarea conjunta del hombre y de Dios.

2º La unión con Jesús

Sólo de Jesús se puede decir que fue escuchado por su actitud reverente (Heb 5,7). Sabemos que no rezamos como debiéramos. No tenemos las actitudes necesarias para ser escuchados por el Padre. Cuanto más nos reconocemos como pecadores, tanto más experimentamos la necesidad de unimos a Jesús, que reza por nosotros.

Jesús está siempre rogando ante el Padre. Nosotros nos unimos a su oración, y nos identificamos tanto con él que llegamos ante el Padre revestidos de los méritos y del poder de Jesús.

Pero Jesús sólo permite que se una a él nuestro hombre nuevo, porque el hombre viejo, creado por nuestro egoísmo, no tiene nada en común con Jesús.

3º La unión con María

Tenemos dos poderosas razones para permanecer en unión con María durante la oración:

- La primera es que Dios la escogió a ella para una experiencia única: ser su propia madre. María concibió a Dios en su corazón por la fe, y en su cuerpo por el poder del Espíritu Santo. Ella conoció a Jesús en cada misterio y virtud de su vida, de su muerte y de su resurrección. Es un inmenso privilegio para nosotros rezar en compañía de aquella mujer que conoció tan perfectamente a Dios que, desde entonces, su amor nos trae a ese Dios a nuestro corazón.
- La segunda razón es que fue a María a quien Dios confió el papel principal en la formación de su personalidad humana. Si debemos reproducir la

personalidad de Jesús en nosotros, María debe desempeñar en nuestra vida el mismo papel que desempeñó en la de Jesús. Eso es lo que significa vivir el misterio del Hijo de María. Rezar en unión con María significa abrir nuestro corazón a su presencia formadora, durante la oración. Cuanto más influidos estemos por su presencia, tanto más avanzaremos en la tarea de formamos a semejanza de Cristo. Ésa es la característica de la influencia de María.

4º Invocar al Espíritu Santo

Jesús nos dio su Espíritu para que estuviera siempre con nosotros, especialmente para guiamos en la oración. Por tanto, pidamos al Espíritu Santo que tome posesión de nuestra mente y de nuestro corazón y pongámonos bajo su inspiración y guía. Dejemos, pues, todo pensamiento inútil, cualquier interés que disturbe, cualquier afecto desordenado, y abandonémonos a la dirección del Espíritu Santo.

Confiemos al Espíritu Santo la gracia que deseamos alcanzar. El Espíritu Santo orará en nuestro lugar cuando sea necesario, dirá la Palabra de Dios en nuestro interior y producirá en nosotros los frutos de la misma vida de Dios.

3° El cuerpo de la oración

Puestos en la presencia de Dios, unidos a Jesús y a María, abiertos a la influencia del Espíritu Santo, ya nos encontramos en el corazón de la oración.

Empezamos por traer de nuevo a la memoria el tema elegido con anterioridad. Si es un pasaje de la Escritura o una verdad revelada, consideramos el tema bajo diversos aspectos -significado, importancia, aplicaciones teniendo especialmente en cuenta la gracia que deseamos alcanzar.

Si el tema de nuestra meditación es un misterio de la vida de Cristo, por ejemplo, Jesús nace en un establo, nos imaginamos vivamente los detalles de la escena, consideramos las acciones y palabras de Jesús, pero de forma especial sus disposiciones y sentimientos internos. En cualquier caso, reflexionamos en actitud de escucha, atentos y abiertos a los movimientos del Espíritu en nuestro interior.

Cuando algún pensamiento, sentimiento o deseo nos impresiona, nos detenemos y lo saboreamos hasta que eche raíces en nosotros. Hacemos actos de fe en talo cual verdad, hasta que se convierta en convicción personal. Expresamos tal sentimiento, hasta que nos una a Dios o nos aparte del mal. Alimentamos tal deseo, hasta que nos decida a cambiar a mejor y expresamos a Dios nuestros sentimientos de admiración, alabanza, gratitud, contrición, súplica, etc., en un coloquio que se prolongará mientras no experimentemos cansancio o tensión.

Nuestro objetivo es experimentar en nosotros mismos los sentimientos de Jesús. Cualquier impulso interior que proviene de la fe nos lleva a los caminos de Dios. Por consiguiente, debemos examinar si nuestra conducta es acorde, o contraria, a esa verdad o misterio, y comparar nuestra actitud con las disposiciones interiores de Jesús. Podemos hacer aplicaciones concretas, hasta que nuestra vida se convierta en parte de esa verdad o misterio. Y siempre expresamos nuestras ideas y sentimientos conversando familiarmente con Dios. Éste es el cuerpo de la oración.

A veces nos sentimos movidos rápidamente, pero otras, tendremos que prolongar las consideraciones durante algún tiempo, incluso en la siguiente etapa de la oración. Pero siempre debemos mantenemos sensibles a los movimientos del Espíritu en nuestro interior y abiertos a su influencia. No nos debemos entretener ni en prolongados charloteos ni en razonamientos inacabables: la oración no es un estudio, sino un encuentro con Dios.

La oración no es un ejercicio aislado, sino algo íntimamente unido al resto de nuestra vida. Debe influir en nuestra vida entera, de la misma manera que nuestro estilo de vida influye en nuestra oración. Por tanto, concretemos alguna forma práctica de llevar al resto de nuestra vida lo que hemos conseguido en la oración. La decisión o resolución que tomemos debe tener tres características: ser concreta, ser de aplicación inmediata, ser fácilmente recordable y repetible. Podemos tomar la resolución de hacer tal acto concreto, o de seguir esa idea especial que surge en nuestro interior, o de arraigamos firmemente en talo cual actitud de Jesús. Algunas verdades se asimilan simplemente mediante un prolongado sentimiento o toma de conciencia de las mismas.

Como el resto de la oración, la resolución debe venir del Espíritu Santo. Las resoluciones de nuestra propia iniciativa, no promovidas por Dios, carecen del necesario vigor para fructificar y acaban en

fracaso. La fe responde a la acción de Dios en nosotros, no a los impulsos de nuestro yo egoísta. En resumen, este «método común» de oración de fe convierte gradualmente la palabra de Dios en convicciones propias y nos une poco a poco a Jesús mediante sentimientos y elecciones. Así, la sabiduría y el poder de Dios se convierten en nuestra fuerza y en la luz que nos guía en nuestra vida.

4.° Conclusión de la oración

Aunque la conclusión de la oración es breve, es muy importante. En efecto, asegura la continuidad en nosotros de los buenos efectos producidos por la oración. La conclusión de la oración comprende cuatro sencillos actos:

- Damos gracias a Dios por el privilegio de haber sido llamados a la oración, por las luces, sentimientos y deseos que hemos experimentado y por las gracias recibidas. Aunque nuestra oración haya transcurrido árida y sin gusto, ya es una gracia el hecho de que Dios nos haya aceptado en su presencia.
- Pedimos perdón por nuestra falta de apertura o nuestra falta de respuesta, y por los obstáculos y resistencias que hayamos puesto durante la oración.
- Nos encomendamos a Dios y a la Virgen, ponemos bajo su cuidado todo lo que nos ha pasado durante la oración y les pedimos que conserven esa gracia en nosotros.
- Formulamos un pequeño resumen o síntesis que nos ayude durante la jornada a recordar la gracia de la oración y la mantenga activa en nuestra vida.

5.° Examen de la oración

Para mantener las disposiciones adquiridas en las oración, no cortamos ésta de golpe, sino que, con quietud y calma, pasamos de la oración a nuestras ocupaciones más externas.

Los efectos de la oración son demasiado valiosos como para dejarlos al azar. Por tanto, en algún momento después de la oración propiamente dicha revisamos cómo hicimos su preparación, cómo hicimos la oración y el fruto que hemos sacado de ella. Este examen se puede hacer inmediatamente después de la oración o en un momento posterior del día. Si no podemos dedicar al examen de la

oración un momento fijo cada día, lo haremos más a fondo varias veces a la semana. Lo importante es dar a los frutos de la oración los cuidados que necesitan para convertirse en disposiciones permanentes nuestras.

7. TRANSFORMACION A IMAGEN DE JESÚS: EL HOMBRE NUEVO

Todo ser vivo lleva dentro de sí una imagen o proyecto, según el cual crece y actúa. Por ejemplo, cada semilla lleva en su interior un "programa" que determina lo que será y producirá en el futuro. Si planto semillas de roble, tendré un roble, nunca una sandía. ¿Por qué no? Porque la semilla del roble posee en su interior la "imagen" de un roble y no la de una sandía. Siempre que plante esa semilla, tendré un roble. No existe ninguna posibilidad de que un roble produzca manzanas, si el roble no lleva en su interior la imagen, o programa, de la manzana.

Dios creó las cosas y vio que todo estaba bien. Dijo Dios: *«Produzca la tierra vegetación: semillas que den plantas, y árboles frutales que den fruto con su semilla dentro». Y así fue. La tierra produjo vegetación: plantas que dan semilla según su propia especie, y árboles que dan fruto con la semilla dentro, también según su propia especie. Y vio Dios que todo estaba bien* (Gn 1,11-12).

Así es la naturaleza de todos los seres vivientes. Dijo Dios: «Produzca la tierra animales vivientes de toda especie: bestias, reptiles y alimañas terrestres de cada especie». Y así fue (Gn 1,24).

Todos los seres vivos crecen y se reproducen «según su especie», es decir, según la imagen impresa en el fondo de su naturaleza.

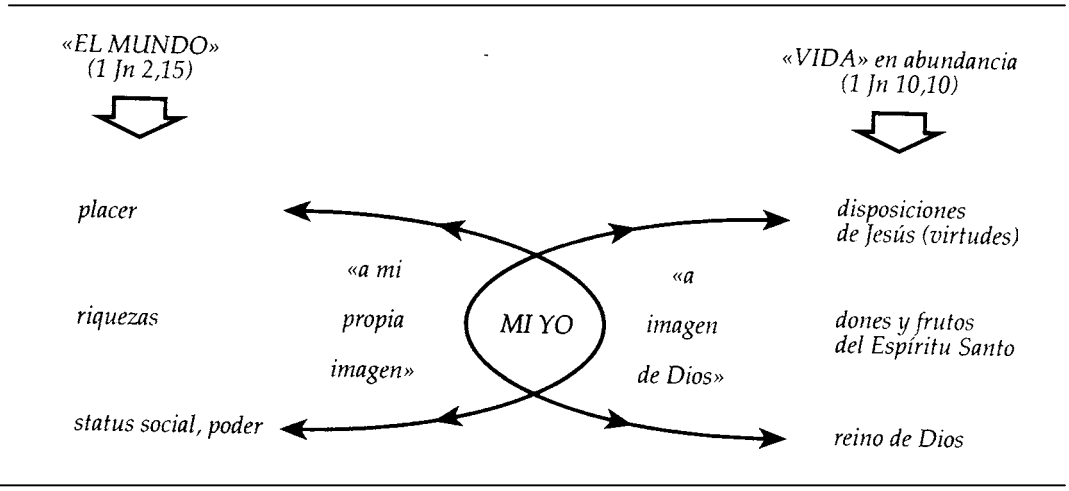
De igual forma, el ser humano lleva en su interior una imagen, según la cual ha sido hecho: *Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó* (Gn 1,27). Esta imagen es un patrón de Dios impreso en nuestro interior que nos dice cómo somos y cómo actuamos. Si nuestro desarrollo se realizase de acuerdo con esta imagen, sin apartamos de ella y sin deformaciones, paulatinamente nos iríamos pareciendo más a Dios y actuando como Él. Seríamos, de verdad, hijos de Dios (Mt 5,45.48).

El hombre viejo

Sin embargo, colectivamente, como especie humana, hemos cometido una terrible equivocación: hemos desarrollado una imagen de nosotros mismos que actúa en contra de la imagen interna que tenemos de Dios. Imaginad qué pasaría si introdujésemos la «imagen» de la sandía en la semilla de un roble: las tendencias de la semilla del roble a producir un roble y nuevas semillas de roble quedarían contrariadas y anuladas por las tendencias de la imagen que lleva dentro, que lo impulsa a ser una planta rastrera y producir sandías. El resultado sería algo distorsionado, desnaturalizado, y la tendencia a crecer y dar fruto acabaría, frecuentemente, en la muerte.

Algo similar ocurre cuando desarrollamos en nosotros el «hombre. viejo», al seguir nuestra propia voluntad y nuestros deseos y los criterios y las costumbres del «mundo». Este pecado fundamental -original- está presente en todos nosotros. Tenemos una imagen egocéntrica de nosotros mismos -imagen que hemos creado muchas veces inconscientemente-, un «yo» -lo que san Pablo llama el «hombre viejo»-, que es una imagen falsa si la comparamos con la imagen original según la cual fuimos creados. Esta imagen primitiva de Cristo en nosotros lucha por dirigir nuestro desarrollo y nuestras acciones, pero se ve combatida por las tendencias de nuestro «hombre viejo», que tiene sus propios objetivos.

Quizá este esquema nos ayude a explicar mejor esta lucha interior:



San Pablo expresa así, en la carta a los Romanos, esta lucha interior contra nuestro egoísmo: Realmente no entiendo mi proceder, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, cuando

obro contra mi voluntad... en realidad no soy yo quien actúa, sino el pecado que habita en mí (Rom 7,15-17). Lo que san Pablo llama aquí pecado, nosotros lo llamamos hombre viejo. El hombre viejo es la imagen de nosotros mismos que cada uno nos hemos fabricado.

Ambas imágenes quieren dominar nuestra vida, para dirigir nuestro crecimiento y nuestras acciones. Pero nadie puede ser siervo de dos señores (Mt 6,24). Hemos sido creados, y llamados de nuevo por la gracia, para crecer y obrar a imagen de Cristo. Tenemos que insertamos completamente en Cristo y renunciar a nuestro hombre viejo. Jesús lo dijo muy claramente: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16,24). El Padre Chaminade llamaba a este versículo el «principio fundamental de la teología mística» (ED II, 106). Ésa es nuestra parte en la tarea, en colaboración con Dios, de crear una nueva vida en nuestro interior.

Compromiso decidido de vivir según el «hombre nuevo»

Los métodos basados en la espiritualidad enseñada por el Padre Chaminade están encaminados a ayudamos a crecer y actuar a imagen de Jesús. El éxito de estos métodos radica en la firme resolución de seguir a Cristo en sus virtudes y sus obras hasta el final del todo.

> *Es el gran negocio al que hemos consagrado nuestra vida, con todo su tiempo y sus fuerzas, desentendiéndonos de cualquier otro negocio, para dedicamos más completamente a éste, a fin de realizarlo más perfectamente. Apliquémonos, pues, a ello con toda seriedad y con toda nuestra alma. Pongamos en ello. todo el interés de que somos capaces y que cosa tan importante merece (ED I, 647).*

Para nosotros, marianistas, la expresión más efectiva de la decisión de seguir a Jesús hasta el fin es nuestra consagración a María. Esta consagración implica una renuncia total a seguir nuestro yo egocéntrico y las obras del "mundo" que vienen del hombre viejo y lo construyen. Por otra parte, también significa una dedicación completa a vivir las virtudes y las obras de Jesús en su integridad. Para este fin, nos entregamos a María de la forma más completa posible.

Nuestra consagración a María se explicita, especialmente cuando nos ponemos bajo su influencia maternal para crecer en las virtudes de Jesús y para que nos guíe en todos los trabajos que llevamos a cabo para construir el Reino de Dios. Haciendo esto, nos identificamos con los intereses de María respecto al mundo y con su gran deseo:

> *Que todos los demás hijos que su caridad ha engendrado después de Él (Cristo), estén de tal suerte unidos a Él, que todos formen un mismo Hijo, un mismo Jesucristo (ED II, 39).*

Para ampliar el tema de la consagración a María, véase The Mdther of Jesus Was Thert. Quentin Hakenewerth SM, cap. VII, págs. 36-39. Marianisf Resources Commission, Oayton, 1984. Esta obra no está traducida al español.

8. VIRTUDES FUNDAMENTALES: «LA PREPARACION»

Para llegar a la total conformidad con Cristo, debemos desarrollar ciertas actitudes y disposiciones fundamentales. Estas virtudes nos proporcionan, desde el principio, un parecido con Cristo en lo más profundo de nuestra personalidad, y constituyen la base de su influencia a través de nuestra presencia y nuestra labor. Nos hacen corno aquel hombre que, para edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra la casa, pero no pudo destruirla porque estaba bien edificada (Lc 6,47-48). En esta parábola, Jesús nos indica la necesidad de tener unos cimientos sólidos. También nos describe los resultados desastrosos de intentar seguirle sin estas virtudes básicas, al hablamos de aquel otro que construyó cimentando sobre arena: ... en cuanto rompió el torrente, se desplomó la casa y fue grande la ruina (Lc 6,49).

Nuestro objetivo es la identificación con Cristo en lo más profundo de nuestro ser y en todas nuestras acciones. No se trata sólo de adquirir unos hábitos, que pueden ser más o menos superficiales y externos: lo que queremos es formar en nosotros actitudes y disposiciones. Por tanto, distinguimos entre la *disposición* que pretendemos adquirir y los ejercicios que hacemos para adquirirla. Una disposición implica una elección decisiva. un compromiso fundamental

que nos une a Jesús en sus virtudes y sus trabajos. Los ejercicios son, simplemente, prácticas o hábitos que ayudan a formar la disposición.

Resultado de este trabajo de: preparación son estas cuatro disposiciones básicas o virtudes fundamentales:

1." El conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios

Jesús quiere que sus seguidores sean muy conscientes de cuanto ocurre en cada momento. Este conocimiento significa, sobre todo, conocerse a sí mismo y conocer a Dios y sus caminos. Pero este conocimiento también implica una torna de conciencia de las necesidades de los demás. Tratamos de conocer nuestro yo interior -tanto el «viejo. corno el "nuevo" corno conocimiento fundamental: ¿Qué es lo que nos mueve realmente? ¿Nuestro hombre viejo egocéntrico o nuestro hombre nuevo en Cristo Jesús? ¿Cuáles son los objetivos de nuestra vida y qué causas han hecho que lo sean? En otras palabras: ¿Cuál es, en nosotros, el hombre viejo que debemos negar y el hombre nuevo que debemos formar en Cristo Jesús?

Ea 555b; ED 1, 655; Mt 10,16 (astucia y humildad);

Jn 10,14 y 17,13 (el conocimiento es vida); Jn

15,20-21 y 16,31 (consecuencias del conocimiento).

2º La disciplina y el autodominio

Ambos son imprescindibles para seguir a Jesús. Necesitamos la misma disciplina que necesitó Jesús para perseverar hasta el final y poder decir: *Todo está cumplido*

ED 1, 645; Mt 8,18-22; Mt 10,,37-39

Ejercicios: Estas dos primeras disposiciones se adquieren, sobre todo, mediante los seis ejercicios siguientes:

a) Silencio de la palabra

Nos hacemos conscientes de nuestras palabras para, deliberada y decididamente, sólo hablar para bien de nuestros oyentes. Las palabras revelan y comunican. Incluso las más corrientes tienen un gran poder. Las palabras pueden dar luz, inspirar, animar, curar y consolar. Las palabras que nacen en comunión con Cristo o María son portadoras -de vida. En cambio, si provienen de nuestro egoísmo, las palabras también pueden producir los resultados contrarios.

Silenciamos las palabras que provienen de nuestro interesado egoísmo y, como Jesús, sólo decimos aquellas que proceden de la escucha atenta y de la comprensión de los demás.

ED 111, 207; Ef 4,29; Col 4,5-6; Sant 1,19.

b) Silencio de los signos

Comunicamos mucho más con los signos no verbales que con las palabras. Una mirada, la expresión del rostro, los movimientos de la cabeza, nuestra postura, nuestra forma de vestir y otros mil signos más dicen claramente a los demás lo que pensamos. Nuestra sola presencia ya dice, transmite, comunica. Por tanto, prestemos mucha atención a lo que estamos diciendo con la expresión de nuestro rostro, nuestros gestos, nuestras posturas, nuestro vestido, nuestros modales, etc. ¿Están acordes con el hombre viejo o con el nuevo, imagen de Cristo? Queremos que todas nuestras diversas formas de expresión estén orientadas hacia el Señor y la Reina a quienes servimos.

Mt 5,14-16: comunicar, siendo sal y luz.

c) Silencio de la mente

Lo que tenemos en nuestra mente llega a convertirse en parte de nosotros mismos. Vivimos y actuamos de acuerdo con lo que pensamos. Si tenemos la cabeza llena de estupideces, nos volveremos unos estúpidos. Nuestro objetivo es tener la misma mente de Cristo (Ef 4,23). Por lo tanto, llenaremos nuestro espíritu de todo lo que es bueno y útil según nuestra vocación. Y eliminaremos todo lo que responde a las exigencias de nuestro egoísmo o de nuestra sensualidad.

Flp 2,5; Col 3,16.

d) Silencio de las pasiones

«Pasión» es cualquier deseo o sentimiento que nos arrastra hacia algo. Prácticamente, todas nuestras acciones son resultado de algún sentimiento. Si queremos entender nuestras acciones, debemos descubrir a qué o a quién están apegados nuestros sentimientos. Cuanto más apegados estén nuestros sentimientos a algo, más nos impulsarán en esa dirección. ¿Estamos apegados a nuestro ego o a nuestra vida en Cristo? El silencio de las pasiones consiste en el ejercicio de renunciar a

satisfacer todos nuestros deseos y apasionamos por todo lo que es bueno en Cristo.

Mt 22,37-39.

e) Silencio de la imaginación

Normalmente, las imágenes nos mueven más que las . ideas. Nuestra imaginación nos procura imágenes de lo que es o de lo que podría ser. El ejercicio del silencio de la imaginación cultiva y disciplina nuestra fantasía para que sirva a nuestra vocación. Así, por ejemplo, las imágenes de alguien que ha vivido las virtudes de Cristo sirviendo al prójimo pueden impulsamos fuertemente hacia el bien. En cambio, debemos alejar las imágenes contrarias a nuestra vida en Cristo, porque seguirlas sería como cometer un adulterio en nuestro corazón (Mt 5,28). La imaginación no educada nos lleva a muchos caminos falsos. La imaginación bien cultivada y muy disciplinada se convierte en una fuerza creativa en el seguimiento de Cristo.

Col 2,3.

f) Recogimiento

El recogimiento concentra todas nuestras energías en la labor que estamos realizando. De ese modo, nos hace estar completamente presentes en el terna de cada momento: Dios, cuando rezamos; las personas que están con nosotros, cuando nos relacionamos; la verdad, en el estudio; el servicio, en el trabajo. Así corno los rayos de sol aumentan su potencia al concentrarse mediante una lupa, así también nuestras facultades, aplicadas todas a la labor que nos ocupa, son más eficaces. El recogimiento permite que todas las energías de la gracia presentes en nosotros en un momento dado produzcan su máximo resultado.

ED III, 172; Dt 6,5. -

Recuérdese: practicamos todos estos ejercicios para llegar a conocemos a nosotros mismos y a Dios y para desarrollar la disciplina necesaria para seguir fielmente a Jesús.

3." La docilidad al Espíritu: desarrollar la actitud de «siervo»

Jesús fue enteramente dócil al Espíritu Santo y, por tanto, obediente al Padre. Jesús no tuvo proyectos personales propios, salvo el de ser el «Siervo de Yahvé» descrito en Isaías, capítulos 42, 49, 50, 53. Él obedeció con entusiasmo y lleno de amor, y así, su obediencia fue una fuente de vida y energía: Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado (Jn 4, 34).

Jesús también fue nuestro siervo porque nos libró de nuestros pecados echándoselos sobre sí mismo y expiándolos en lugar nuestro. Para seguir a Jesús, "el Siervo", tenemos que desarrollar en nosotros la misma actitud de siervo respecto a los demás: el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que gobierna, como el que sirve (Lc 22,26).

Queremos desarrollar esa misma disposición, sensibles a todas las mociones internas de la gracia y a las indicaciones externas de la Providencia, entusiastas para seguir tales llamadas con espíritu de servicio.

ED III, 33; Lc 4,1-14; Jn 16,13-15; Rom 8,59; Gal 5,22-26.

Ejercicio: Aprenderemos a ser dóciles al Espíritu Santo en todo, si habitualmente hacemos la voluntad de los otros no con fastidio, sino con amor. Esto es especialmente cierto en lo relativo a la autoridad humana. A este ejercicio lo llamamos obediencia preparatoria, porque es la condición para que el Espíritu Santo actúe libremente en nosotros. Desarrolla en nosotros la actitud de siervo que tenía Jesús, actitud que nos prepara para la misión (Flp 2,24; Mt 20,24-28).

4º La fortaleza de carácter

Es decir, el valor, el ánimo necesario para seguir a Jesús a través de cualquier tipo de dificultad. Tendremos muchas tribulaciones, pero el que persevere hasta el final se salvará (Mt 10,22; Mt 20,22-23: el cáliz de Jesús).

Ejercicio: Soportar las mortificaciones significa aguantar con paciencia, y en la presencia de Dios, todo lo desagradable y doloroso que nos ocurra. Este ejercicio desarrolla en nosotros una fortaleza espiritual tal, que ninguna dificultad puede impedir la acción de Jesús en nosotros. En cualquier problema, tristeza o dificultad volvemos los ojos a Jesús, iniciador y consumador de la fe, el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz sin

miedo a la ignominia (Heb 12,2). Soportamos la mortificación para adquirir esta virtud de Jesús (Lc 21,19; 22,18).

Nota: Estos ejercicios sirven para desarrollar cualquier virtud; por ejemplo, la castidad: ¿Cómo hablamos del sexo? ¿Qué revelan nuestros signos? ¿Con qué alimentamos nuestra mente? Y así sucesivamente. Sin embargo, el Padre Chaminade insiste en que las cuatro disposiciones «preparatorias» son básicas para los marianistas.

TRIPLE DINAMICA DE LA DIRECCION MARIANISTA (ED 1, 678; ED n, 1055)

El crecimiento en las virtudes y en los trabajos de Jesús es siempre resultado del esfuerzo combinado de Dios y el hombre (véase el principio 4.° de la espiritualidad marianista, pág 42). La parte que le corresponde a Dios se realiza mediante la acción, en nosotros, del Espíritu Santo y de María, como madre. La nuestra, con tres ejercicios interrelacionados: instrucción, meditación, examen. Estos tres ejercicios son necesarios para dar estabilidad a nuestra vida espiritual. Son como las tres patas de un trípode: si le falta una, mal podremos sentamos en él.

a) Instrucción

Para seguir a Jesús, debemos tener ideas claras que nos guíen o imágenes concretas que nos muevan a imitarle. Las abstracciones y las ideas generales no son suficientes. Buscamos una instrucción que nos dé ideas, principios e imágenes que nos indiquen el paso siguiente a dar y nos dispongan a darlo. Necesitamos una instrucción que nos permita captar con nuestra mente la realidad de Jesús de tal forma que podamos imitarle. El primer paso para adquirir una virtud de Jesús o para actuar en su nombre es tener claro lo que necesitamos y lo que queremos hacer.

¿Dónde obtener esta instrucción? Nuestras mejores fuentes son la Escritura, los escritos de nuestro Fundador, los documentos oficiales de la Iglesia y las enseñanzas de los doctores y maestros espirituales de la misma. Naturalmente, leeremos y estudiaremos estas «instrucciones. en el contexto de los «signos de los tiempos.. La instrucción es la enseñanza de Dios, que nos llega a través de su pueblo y que es entendida por nosotros a la luz del mundo de hoy.

b) Meditación

La mente sola no nos mueve ni a cambiar ni a actuar: es el corazón el que nos urge a la conformidad con Cristo. Por tanto, lo que hemos descubierto, con la mente, mediante la instrucción, debe ser asumido por nuestro corazón mediante la meditación. Es la fe del corazón, y no los argumentos, la que nos lleva a la conversión. El «método común. de oración ya expuesto insiste mucho en el ejercicio de la fe del corazón, como parte esencial de la meditación.

Llevamos nuestra instrucción a la meditación. Puesto que el corazón es tan importante en la meditación, prestamos una atención especial a nuestros movimientos interiores cuando meditamos sobre lo que hemos aprendido en la instrucción. ¿Adónde nos lleva el corazón? ¿Qué inclinaciones o impulsos sentimos? ¿Qué nos sentimos inclinados a hacer? ¿Qué deseos se hacen cada vez más claros en mí? A medida que vamos creciendo en la unión con Jesús, esos movimientos internos proceden, cada vez más, del Espíritu Santo. Podemos sentirlo. y los ejercitamos hasta que se conviertan en parte integrante de nuestra actitud y de nuestra acción.

El Padre Chaminade afirma que la oración mental es el ejercicio central en la conformidad con Cristo. Durante la oración mental se producen las transformaciones más importantes de nuestra vida.

c) Examen

Después de que la instrucción nos ha dado ideas e imágenes para seguir a Jesús, y después de haberlas asimilado mediante el ejercicio de la fe del corazón durante la oración mental, volvemos a nuestra vida y a nuestro trabajo, motivados y guiados por lo que hemos conseguido con la instrucción y la meditación. El objetivo de la instrucción y de la meditación es transformamos en ministros, llenos de celo, de nuestro Señor y de nuestra Madre, María.

El examen es un tiempo de recogimiento tras la oración, para hacemos conscientes de la gracia que actúa en nosotros. Revisamos lo que hemos aprendido en la instrucción y lo que nos ha ocurrido durante la oración. Este ejercicio, breve e intenso, hecho en presencia de Dios, renueva y refuerza las gracias recibidas y les permite echar raíces en nosotros y dar fruto. El examen nos hace más conscientes de cómo está actuando Dios en nuestra vida y nos abre a su llamada en el momento presente. El examen puede ser muy breve, pero tenemos que hacerlo todos los días, y en el momento concreto fijado para ello. Este momento con Dios nos muestra, a menudo, otras

direcciones para nuestra instrucción, que sucesivamente iremos empleando en nuestra meditación.

He aquí un método muy simple de examen: cada noche, antes de retirarte, revisa estos tres puntos:

1.° ¿Qué me ha impresionado más en mi oración de hoy? Tal palabra, tal imagen, tal sentimiento...

2.° ¿Dónde y cómo he visto tal gracia particular expresada en mi vida o trabajo?

3.° Hacer algunos actos interiores específicos para reforzar esa gracia particular.

9. PARTICIPAR EN LA MISION

Si Dios nos ha llamado a ser miembros de la Familia Marianista, debemos aceptar sus objetivos: santificamos y realizar juntos su misión. Para explicar nuestra misión, el Padre Chaminade usaba la imagen de la Iglesia primitiva, pero le añadía algunos detalles de su carisma propio. Éste era, en síntesis, su razonamiento:

En tiempos de Cristo, muchos hombres y mujeres fueron cautivados por su persona y su mensaje. Creyeron en sus promesas y se comprometieron a mantener viva su presencia entre ellos y a continuar su acción para la salvación de todas las gentes. Se hicieron sus discípulos, constituyeron su Iglesia. Jesús les había confiado una misión, la misma que él había tenido: vivir y predicar el mensaje de salvación a todo el mundo y tener autoridad sobre el mal: Como el Padre me ha enviado, os envío yo también (Jn 20,21). La misión de este grupo, fundador de la primitiva Iglesia, fue vivir la buena noticia de la nueva vida en Cristo y transmitirla a los demás con sus palabras y con sus obras. Ésta es, pues, la imagen de la Iglesia primitiva: un grupo de hombres y mujeres empeñados únicamente en vivir el mensaje de Cristo y en compartirlo con todos los que lo quisiesen aceptar.

Los que entraban en contacto con aquella comunidad de cristianos se daban cuenta de que allí había algo bueno. Eso era visible en sus vidas: los había transformado. Y ansiaban explicarlo y transmitirlo a los demás: *Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a*

Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (Hech 2,46-47).

El Padre Chaminade tenía el mismo espíritu que la Iglesia primitiva. Muchas personas no conocían a Jesús y sufrían .las consecuencias de tal ignorancia. Necesitaban un ejemplo viviente de la Iglesia primitiva, una comunidad fervorosa en la que estuviese vivo Cristo y en la que se continuase la obra que Él había iniciado. Este grupo de cristianos conservaría y viviría el mensaje de Cristo, y Cristo estaría en medio de ellos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,20).

A la misión de ese grupo, el Padre Chaminade le añadió una técnica que podemos llamar «método de absorción. Sus marianistas debían ser algo más que una comunidad que predica y hace obras buenas, algo más que un modelo que imitar.

Debían ser unas comunidades en las que los demás pudiesen participar y de las que pudiesen llegar a ser miembros. Una característica del método misionero de esta comunidad debía ser la de absorber a los otros, en círculos cada vez más amplios. *El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar* (Hch 2,47). Construir la comunidad es ya, en sí mismo, una misión, porque muestra que Jesús, su mensaje y su presencia son asequibles a todos.

Otra característica que el Padre Chaminade dio a sus comunidades fue la estabilidad, es decir, una cierta permanencia. Estaba impresionado por la labor de los sacerdotes que iban de parroquia en parroquia, predicando las «misiones». Los misioneros reavivaban el fervor del pueblo y provocaban un sincero deseo de vivir íntegramente la vida cristiana. Pero las misiones sólo duraban unos días y sus efectos no tardaban en disiparse. Los resultados estaban ahí, eran palpables, pero, con demasiada frecuencia, sólo eran transitorios.

El Padre Chaminade comprendió la necesidad de unos grupos que estuviesen «en misión permanente», que mantuviesen el espíritu que habían creado los predicadores de la misión. Un grupo así haría permanente la presencia de Jesús, su mensaje y sus obras. En otras palabras, el Padre Chaminade estaba buscando un nuevo tipo de misioneros, una comunidad que tomase como misión propia llevar a Cristo, su mensaje y sus obras, a los lugares en donde no estaban. Y deberían hacer esto viviendo de tal forma que se palpase entre ellos la presencia de Jesús, que se compartiese su mensaje y se realizasen sus

obras. Estarían ansiosos por establecer otras comunidades y por ganar nuevos miembros. Cada grupo es una «misión permanente». Cada miembro de la comunidad es, consecuentemente, un misionero, puesto que es importante para crear y para extender la comunidad.

Todos sois misioneros: cumplid vuestra misión (EM II,54).

Estas «misiones permanentes» son el medio de llevar las virtudes y las obras de Jesús a todo el mundo. Precisamente porque su eficacia radica en vivir la presencia y el mensaje de Jesús, estas comunidades son un espectáculo viviente del evangelio. Prueban al mundo que el evangelio es tan practicable hoy como en los tiempos de Cristo. Estas comunidades deben ser totalmente auténticas, para que la gente pueda ver la Buena Nueva encarnada en ellas, a Cristo presente en la comunidad y el poder de su gracia actuando

Todo marianista -seglar o religioso- está llamado a ser ese misionero y, por tanto, tiene una misión permanente. Debemos formar comunidad de tal forma que Cristo pueda estar entre nosotros como lo estaba en su Iglesia primitiva. Es algo tan sencillo y tan sublime como esto: hacer real entre nosotros a Cristo, su mensaje y sus obras. Pero un marianista debe tener, además, el deseo ardiente de ensanchar su comunidad trayéndole nuevos miembros, de establecer nuevas comunidades, de llegar a todos con la bondad de Cristo.

La importancia de que las comunidades marianistas sean una «misión permanente» es evidente también hoy día: mucha gente permanece estancada, privada del conocimiento de Cristo y de la nueva vida en Cristo, simplemente porque no hay ni quien les haga entender el mensaje del evangelio, ni una comunidad que comparta con ellos esa gracia que establecerá la justicia y la paz de Cristo en el mundo. Siguen perdidos porque no ven un ejemplo vivido de esta realidad. Mucha gente no aceptará el mensaje de Cristo mientras no vea ese ejemplo vivo, mientras no tenga un testimonio creíble. Muchos, jamás conocerán el amor de Cristo hasta que lo experimenten en una comunidad. Nuestra misión es proporcionarles esas comunidades.

Por tanto, cada uno de nosotros es un misionero y debemos cumplir nuestra misión dondequiera que estemos:

> *Tal vez el nombre de misión pueda inquietar a algunos, que piensan que para ser misioneros hay que ir predicando de ciudad en ciudad, de parroquia en parroquia, porque no se han hecho a la idea de una misión estable y permanente (EM 11, 54).*

A veces tenemos la idea de que los misioneros tienen que vivir en países extranjeros. Tierra de misión es cualquier lugar donde Cristo no es conocido o no es aceptado. Y en ese territorio debemos ser nosotros una misión permanente. Y muy bien podría ser que esa «tierra de misión» fuese el corazón de nuestro prójimo o las prácticas y la cultura de nuestra área local. A veces, viajar al corazón de nuestro prójimo exige más tiempo que un viaje a aquellos países lejanos. Todo depende de la resistencia o receptividad que uno encuentre. Por supuesto, nuestra visión misionera abarca las necesidades de todo el mundo. Los esfuerzos internacionales por construir un mundo pacífico y justo reclaman nuestra presencia en culturas extranjeras. Pero dondequiera que trabajemos como misioneros marianistas, demos siempre la imagen de una misión permanente.

La misión personal

Todo lo dicho hasta ahora en este capítulo se refiere a la misión de la Familia Marianista global, es decir, a nuestra misión comunitaria. Ahora bien, cada uno de nosotros tiene, además, una misión personal, una tarea específica a la que se siente llamado, una gracia particular que está llamado a vivir, un carisma personal que debe explotar. En diferentes momentos de nuestra vida el Espíritu Santo nos llama a vivir más intensamente talo cual misterio en particular de la vida de Jesús y María. Nuestra misión personal estará siempre en armonía con la misión de la comunidad y será un componente necesario de la misión de ésta.

No debemos olvidar este aspecto personal de la misión, porque frecuentemente es la experiencia más concreta que tenemos de la llamada de Dios en nuestra vida. Hay cuatro señales que nos ayudan a reconocer nuestra vocación personal:

1º Mis inclinaciones personales, asociadas con las aptitudes necesarias de acuerdo con tales inclinaciones. Si dichas inclinaciones guardan relación con mi vocación personal, durarán largo tiempo.

2º Qué necesidades de los demás me mueven más.

3º La confirmación por parte de la comunidad, que participa en el discernimiento personal.

4º La existencia de señales providenciales confirmatorias, como una invitación especial para trabajar en aquello en que yo estaba pensando, una oportunidad inesperada, un

ofrecimiento no solicitado para ayudarme a realizar mis proyectos, la aparición repentina de una persona providencial, etc.

Nuestra misión particular es consecuencia de nuestra asociación a la misión universal de María: hacer que Cristo nazca y dé frutos en todos los que se han de salvar. Aceptamos nuestra parte propia en su misión, asignada, esa parte nuestra, por inspiración del Espíritu Santo.

Como decíamos antes, cuando nos ofrecemos a María" ella nos llena con su mismo amor, como si fuésemos unas vasijas preciosas, y nos hace sus ministros. En realidad somos unas pobres vasijas de barro (2 Cor 4,17), pero estamos llamados a manifestar en nuestro corazón la caridad infinita de María. Mediante las inspiraciones y los impulsos interiores para trabajar en su nombre, empezamos a descubrir hasta dónde llega la creatividad de María a la hora de llevar a Cristo al corazón de la gente. Podemos ver nuestra misión como una concreción de los deseos del corazón de María, activos ahora en nuestro corazón.

Nuestra misión es ardua y muy amplia. Para cumplirla fielmente, se requiere fuerza interior y unas virtudes bien desarrolladas. Por eso, en el siguiente capítulo tratamos de nuevo el tema de cómo desarrollar las virtudes de Jesús en nosotros.

10. MAS ALLA DE LA MEDIOCRIDAD: «LA PURIFICACION»

El seguimiento de Cristo en sus virtudes y obras tiene varios niveles. Cuando ya hemos alcanzado un cierto grado de unión con Jesús, el peligro mayor es sentimos satisfechos e instalamos en la mediocridad. Mucha gente «buena» eso es lo que hace. La mediocridad significa aceptar ciertas condiciones o límites que paralizan nuestra conformidad con Jesucristo y dificultan su acción en nosotros.

Corno marianistas, estamos llamados a damos por completo a Cristo y a no poner límites a su acción a través de nosotros. Por tanto, necesitamos purificamos de toda actitud u obstáculo que nos haga retroceder en nuestro crecimiento en las virtudes y trabajos de Jesús.

En el Deuteronomio tenemos una imagen de esta llamada a la purificación: Yahvé nuestro Dios nos habló así en el Horeb: «Ya habéis

estado bastante tiempo en esta montaña. ¡En marcha! Partid, e id a tomar posesión de la tierra que Yahvé juró dar a vuestros padres» (Dt 1,6-8). El pueblo de Dios se había instalado en el cercano monte Horeb y se encontraba allí muy a gusto. Estaba empezando a sentirse corno en su casa. Pero Dios le tenía reservadas grandes cosas, que sólo conseguiría a través de una larga marcha, a través de una gran purificación.

En el evangelio de Juan encontramos otra imagen de la llamada a la purificación: *Al sarmiento que en mí no da fruto, lo corta; y al que da fruto, lo poda, para que dé más fruto* (Jn 12,5). Cuando ya estamos dando fruto, nos oponemos a que nos poden más: ¡ya hacemos bastante!

El Padre Chaminade nos da otra imagen de la purificación cuando compara al alma con un arroyo tranquilo que, al encontrar un obstáculo, no hace por evitarlo; el mismo obstáculo hace que la corriente se ensanche y suba, hasta pasar por encima de él y seguir adelante. Así es el camino de la purificación.

Frente a cualquier obstáculo hay una virtud o disposición de Jesús que, si la ejercitamos, nos purifica y nos une cada vez más a Él con nuevas gracias. El método de dirección marianista se centra en seis obstáculos que nos detienen o desaniman, y en las seis virtudes correspondientes, que nos llevan a una mayor conformidad con Cristo mediante la fe purificada, la esperanza robustecida y el amor profundo (ver ED 11, 992).

Los tres primeros obstáculos provienen de nuestro propio interior; los otros tres, del exterior. Cuando nos encontramos con uno de estos obstáculos, nuestra tendencia natural es suprimirlo, o marchar en otra dirección, para evitarlo. Pues bien, nuestro método consiste en aplicamos no a suprimir el obstáculo, ni a esquivarlo, sino a crecer en virtud hasta lograr superarlo. Si Jesús hubiese esquivado la cruz, su misión habría concluido sin llegar a la resurrección. La purificación nos lleva decididamente a la «vida en abundancia» de Cristo.

Primer obstáculo: las limitaciones, la debilidad

Todos experimentamos continuamente nuestras limitaciones y nuestras frecuentes faltas. Nos es difícil creer en la gracia para superarlas, por lo que muchas veces transigimos, llegamos a un acuerdo con ellas, y somos buenos y hacemos el bien dentro de los reducidos y estrechos límites de nuestra debilidad.

Meditación: Mt 14,15-21 (limitación).

Aplicación a mi propia vida.

Primera virtud: la confianza en Dios

El Señor actúa a través de nuestras limitaciones y a pesar de nuestras limitaciones. Confiamos en Él mucho más que en nuestras cualidades. Esta confianza nos lleva a una nueva experiencia del poder de Dios en nosotros y a una nueva fertilidad en nuestro ministerio. Esta confianza es una forma de fe purificada.

Meditación / Aplicación: Flp 4,13.

Segundo obstáculo: las inclinaciones de nuestro egoísmo

El egoísmo es, sencillamente, nuestro "hombre viejo", que exige lo que le agrada: confort, posesiones, reconocimiento, seguridad, poder. Todos nosotros experimentamos la constante tendencia de nuestro egoísmo a exagerar nuestra importancia o nuestras necesidades. No purificamos de esas inclinaciones significa resignamos a seguir a Cristo sólo hasta cierto punto.

Meditación / Aplicación: Lc 22,24.

Segunda virtud: la esperanza en Dios

Dios es el guía y el sostén de nuestro ser, dejadas de lado las exigencias de nuestro egoísmo. Cuando experimentamos que nuestro hombre viejo quiere tomar las riendas de nuestra vida, nos volvemos a Jesús y María como medida de nuestras necesidades, de nuestro servicio y de lo que verdaderamente nos importa. Esperamos que su presencia llenará el vacío de las cosas que hemos negado a nuestro ego. De ese modo crece en nosotros una nueva libertad en el Espíritu.

Meditación / Aplicación: Rom 7,21-24.

Tercer obstáculo: las dudas, las incertidumbres

Buscamos la certeza; queremos estar seguros, especialmente si tenemos que cambiar, sufrir o caminar en la fe oscura. No nos importaría sufrir si estuviésemos seguros de que ese sufrimiento merece la pena. Pero la verdadera naturaleza de la cruz consiste, precisamente, en que no tiene sentido. Si no nos liberamos de la

necesidad de estar seguros, no actuaremos o lo haremos con un corazón agitado.

Meditación / Aplicación: Lc 19,20.

Tercera virtud: pedir consejo

Pedir consejo, decidir y actuar en paz, ésta es la fórmula de la fe purificada. Busquemos el consejo de las personas que la Providencia ha puesto a nuestra disposición. Dios puede valerse de cualquiera para ayudamos. Hablemos, pues, de la situación con la persona más adecuada en cada momento. Después, decidámonos, sin esperar a que nadie se decida por nosotros. Nuestra decisión es, ella misma en sÍ, un acto de esperanza en Dios. Firmes en esta esperanza, pongamos en práctica nuestra decisión en paz. Si no tenemos paz, probablemente no hemos dado bien los dos pasos precedentes. Este proceso no nos da una certeza racional, pero hace que Cristo sea nuestra luz. Nos asegura que estamos actuando en unión con Cristo. Yeso es todo lo que necesitamos.

Meditación / Aplicación: Hch 1,23-26.

Cuarto obstáculo: la oposición, las contrariedades

El destino de las obras de Dios es encontrar resistencia e, incluso, oposición. Esto es particularmente doloroso cuando la oposición viene de aquellos que deberían ayudamos. Es especialmente difícil continuar cuando nuestros esfuerzos por hacer el bien son combatidos y somos criticados personalmente. El peligro, entonces, es detener nuestro crecimiento en Cristo o dejar de trabajar en su nombre para evitar esas penalidades.

Meditación / Aplicación: Mt 10,17.

Cuarta virtud: la paciencia perseverante

Ésta tiene que ser nuestra respuesta, puesto que confiamos en Dios. Gracias a la paciencia crecemos en la valentía de Jesús. Nuestro crecimiento en Él y nuestras obras en su nombre siguen adelante, a pesar de la auténtica oposición que experimentamos. La paciencia resiste la dificultad hasta que logramos nuestro objetivo, hasta que se genera una nueva vida.

Meditación / Aplicación: Heb 12,2-4; 2 Cor 1,8-9.

Quinto obstáculo: la tentación de abandonar

Todos pasamos a veces por momentos en los que, humanamente hablando, tenemos sobradas razones para romper un compromiso, abandonar una buena obra y disolver nuestra alianza con María. Nos sentimos cansados, nuestros esfuerzos parecen estériles, nadie parece interesarse por nosotros, no nos vemos recompensados. Algunos amigos, llevados por una falsa compasión, nos sugieren que renunciemos a nuestro compromiso... ¡Peligra nuestra conformidad con Cristo!

Meditación / Aplicación: Mt 16,22-23.

Quinta virtud: la renovación del compromiso

Renovarlo cuando nuestra fe. camina en medio de la oscuridad nos arraiga más profundamente en la vida de Jesús, al vemos en unas circunstancias no esperadas ni, mucho menos, deseadas. Jesús y María se convierten entonces, más que nunca, en el centro de nuestra vida.

Meditación / Aplicación: Jn 6,66-68.

Sexto obstáculo: las tentaciones

Cuando el Maligno está a punto de perder la batalla que mantiene contra nosotros, debemos esperar violentas tentaciones. Parecen surgir de todas partes y atacan especialmente a la fe (Dios se ha alejado... ¿Existe realmente Dios?..) y a la esperanza (He desperdiciado' mi vida...). Atacan a la misma existencia de Jesús en nuestra vida y a la verdad de sus enseñanzas.

Meditación / Aplicación: Lc 22,31.

Sexta virtud: los actos contrarios a esas tentaciones

Realizados en pura fe oscura, fortalecidos por la esperanza y movidos por el amor, estos actos son nuestra única respuesta posible. Nos aferramos a Dios cuando todo, en nosotros, parece arrastramos en otras direcciones.

Meditación / Aplicación: Lc 4,1.

Una característica de este trabajo de purificación es la creciente libertad del Espíritu Santo para actuar en nuestra vida, lo cual nosotros lo experimentamos en forma de una mayor libertad interior nuestra. Poco a poco nos vamos haciendo más conscientes de la distinción

existente entre las tendencias de nuestro yo egocéntrico y los impulsos de la vida del espíritu de Jesús en nosotros. Y puesto que las virtudes de purificación son un continuo ejercicio de fe, un más decidido seguimiento de Jesús y una confianza cada vez más profunda en la gracia de Dios, progresivamente vamos experimentando un gozo espiritual desconocido hasta entonces. Al practicar las virtudes de preparación, somos más conscientes de nuestros esfuerzos y más sensibles al lado humano de las cosas. Con la purificación, gradualmente nos volvemos más sensibles a la acción del Espíritu en nosotros y nos abandonamos a su dirección. El Espíritu Santo es quien nos hace conformes con Jesucristo y quien nos hace vivir su propia vida (ED II, 19).

Según el Padre Chaminade, en el bautismo nuestro espíritu es regenerado y recibe los impulsos de una nueva vida. Recibe las inclinaciones de Jesucristo, que gradualmente van ocupando el lugar de las tendencias de nuestro egoísmo (ver ED II, II). A medida que nos dedicamos al ejercicio de purificación, experimentamos más fuertemente las inclinaciones del espíritu de Jesús en nosotros, que dirigen nuestra vida y generan en nosotros un gozo profundo.

11. PRESENTES EN EL MUNDO, COMO MOVIMIENTO

La Familia Marianista es uno de los instrumentos elegidos por Dios para impregnar el mundo de nueva vida en abundancia. La Familia Marianista es un conjunto de asociaciones de cristianos de cualquier estado de vida, formados en la espiritualidad marianista, y que reconocen en los demás grupos rasgos formativos comunes. Las raíces históricas de la Familia Marianista se remontan a la Congregación de Burdeos, del Padre Chaminade. Aquellas asociaciones pueden ser de cristianos seglares (Congregaciones, Fraternidades, Movimiento marianista, Comunidades de Fe marianistas), comunidades «Estado., institutos seculares y congregaciones religiosas.

Probablemente, la mejor forma de definir a la Familia Marianista es decir que «es un Movimiento dentro de la Iglesia. Al ser un Movimiento, los diferentes grupos que lo forman son partes independientes de un todo orgánico, grupos autónomos de una sola Familia Marianista.

Como componentes de un mismo Movimiento, los miembros de la Familia Marianista están animados por una espiritualidad y misión comunes. Tal vez podamos describir mejor esta inspiración común llamándola "espíritu marianista".

Las personas pueden pertenecer a la Familia Marianista en distintos grados. Cada uno es miembro de la Familia Marianista según su grado de participación y su forma particular de pertenencia a ella.

Todo Movimiento posee una organización, pero tanto la organización como las estructuras están totalmente en función del fin al que tiende la espiritualidad del grupo. La eficacia de un Movimiento depende de cómo se viva y se practique su espiritualidad. La eficacia de una organización, de cómo funcionen sus estructuras. El líder de una organización puede decir: «Podemos hacer todo aquello que podemos planificar». El líder de un Movimiento dirá: «Podemos hacer todo lo que está de acuerdo con nuestro espíritu».

Naturalmente, esto es una simplificación excesiva, pero esta distinción nos ayudará a entender mejor la naturaleza de nuestra Familia Marianista como un Movimiento en la Iglesia.

Como Movimiento, nuestra Familia Marianista tiene varias

características:

1º La fuente primera de su influencia es su espiritualidad, que forma a sus miembros y motiva y dirige su servicio. Esta espiritualidad transforma gradualmente el mundo desde dentro: empieza por el corazón, que poco a poco modifica relaciones y cambia estructuras. De ese modo, el método es una espiritualidad que forma a los miembros del Movimiento y, a través de ellos, transforma todo lo que toca: dimensiones personales, sociales, culturales y políticas del mundo. Todo se vuelve una «nueva creación».

2º La Familia Marianista se caracteriza por una organización determinada, pero su estructura está siempre en función de su misión. Cada comunidad y cada trabajo se organizan según los trabajos del mismo Jesús: celo, instrucción y asuntos temporales. Estos tres oficios abarcan la totalidad de los intereses de Jesús y están presentes en toda la organización de la Familia Marianista. Jesús rezó, enseñó y trabajó, y nosotros estructuramos estas tres actividades de Jesús en cada grupo de la Familia Marianista.

3º La comunidad es una característica importante de la Familia Marianista. Algunas realidades sólo se pueden dar con el esfuerzo de muchos. Así por ejemplo, el amor mutuo es imposible en soledad. Jamás una sola persona podría tocar la música de toda una orquesta. Algunas realidades no pueden existir, a no ser que varias personas decidan trabajar juntas. Lo mismo ocurre con las virtudes y los trabajos de Jesús. Su presencia, como vida de su Iglesia, y sus obras, como una expresión de su Cuerpo Místico, no las puede mostrar un individuo aislado. Necesitamos ser comunidades en Cristo. La Familia de María es, esencialmente, comunitaria.

4." La Familia Marianista como comunidad universal, y cada grupo como comunidad local, se consideran a sí mismos en estado permanente de misión. Cualquier momento se vive y cualquier acto de la vida de la comunidad se realiza para reflejar la presencia de Jesús. Cada comunidad se esfuerza por vivir de tal forma que sea una manifestación permanente de Jesús en sus virtudes y sus acciones. No solamente existe la vocación individual: también cada comunidad, como tal, tiene una "vocación". Los miembros de una comunidad deben preocuparse más de su impacto como comunidad que de su contribución personal. Cuando una comunidad es una misión permanente, está manifestando continuamente la presencia de Jesús en medio de ella.

Todos los miembros de la Familia Marianista son misioneros, en cuanto que cada uno de ellos colabora, en alguna forma, en la misión permanente de toda la Familia. No sólo importa nuestra fidelidad personal a nuestra vocación particular, sino también lo que cada cual aportamos para que nuestra comunidad sea una misión permanente.

Una manifestación del espíritu misionero de la Familia Marianista es el interés constante por extenderla, atrayendo nuevos miembros y creando nuevos grupos. Este "reclutamiento" es misionero, porque es nuestro medio más eficaz de extender la influencia y la presencia de Jesús en el mundo *(ver L 'Esprit de notre Fondation, nº 144, y Lettres de M. Chaminade 1, 381).*

Otra actitud misionera de la Familia Marianista es la intención constante, no sólo de hacer el bien a los demás, sino de convertirlos, a su vez, en auténticos misioneros. Haciendo esto, "multiplicamos los cristianos".

El espíritu misionero significa, también, que nuestro campo de acción no se limita a los cristianos practicantes. También nos metemos en el terreno de los que no conocen a Jesús o son indiferentes. Y esto, lo mismo entre los ricos que entre la gente marginada: cualquier ámbito en donde Jesús no es conocido o amado es territorio de misión.

5º Los miembros de la Familia Marianista, corno Movimiento mundial que es, se esfuerzan por mantener una fuerte conciencia de que están unidos por un espíritu y una misión comunes. La interacción entre los diferentes grupos de la gran Familia Marianista asegura nuestra identidad común. Estamos formados y dirigidos por la misma espiritualidad. Estamos animados por la misma misión. Prácticas corno el acto diario de consagración a María, la Oración de las Tres y el anual Día Mundial Marianista de Oración son simples medios de esa unión espiritual que envuelve al mundo con el amor de Jesús y de María.

6º Ya que la Familia Marianista es un Movimiento de la Iglesia, seguimos las enseñanzas de la Iglesia y participamos de su vida sacramental. Cooperamos intensamente con otros Movimientos de la Iglesia y con las actividades de nuestra Iglesia local. Corno grupo de la Familia Marianista, mantenemos contactos oficiales con las autoridades locales de la Iglesia, para conocemos mutuamente y para trabajar en colaboración.

12. SEGUIR A JESÚS HASTA EL FINAL: «LA CONSUMACION»

Como marianista s, Jesús nos llama a seguirle «hasta el final». Ahora bien, esta expresión no significa solamente ser fiel en su servicio hasta el final de nuestra vida, sino también llegar con Cristo hasta el final, hasta los últimos límites, de sus virtudes. Para hacemos una idea de la extensión del ejercicio de consumación, recordemos las

palabras con las que Jesús recapituló su vida: Todo está cumplido (Jn 19,30).

Reflexionemos sobre el misterio interior de esta escena. Ese todo está cumplido, todo está terminado, se refiere no sólo a las obras que Jesús llevó a cabo, sino también a las virtudes que vivió, por nosotros, con tal intensidad que llegaron a «consumir» su existencia.

> *Como miembros de Jesucristo, y por los dones del Espíritu Santo que Él se ha dignado enviar a la tierra, y con la firme resolución de seguir las inspiraciones de ese mismo Espíritu, podemos renovar nuestra unión con Dios y ponemos en condiciones de poder pronunciar, al final de nuestra vida, estas palabras: « Todo se ha cumplido). Es decir, todos los dones que Dios nos había dado... todos han llegado fielmente a su destino: «Todo se ha cumplido) (ED I, 533).*

Los ejercicios de preparación crean en nosotros un sólido fundamento de conocimiento, disciplina, docilidad y audacia; el trabajo de purificación da vía libre al Espíritu Santo en nosotros. Mientras tanto, Dios nos va conduciendo hacia una vida de total abandono, para que podamos vivir completamente en el poder y la felicidad de Jesús. Igual que a san Pablo, en la consumación sólo nos guía y mueve la vida de Cristo en nosotros (ver Gal 2,19-20).

Cualquier virtud se puede vivir hasta la consumación. Sin embargo, para los marianistas hay cuatro especiales virtudes de consumación que completan el sacrificio de nuestro egoísmo y nos llevan a vivir conformes con la imagen de Jesús: en fe, esperanza y amor. Son éstas:

1º La humildad

Considerada como virtud de consumación, la humildad es la actitud de permanente alabanza y acción de gracias por todo lo que Dios nos ha dado. Cuando nos examinamos con seriedad, vemos que todo es regalo de Dios. No tenemos motivos para quejamos. Reconocemos lo bueno que ha sido Dios con nosotros, incluso en los momentos más negros de lucha y cansancio. Este tipo de humildad convierte nuestra vida en una continua acción de gracias.

Con la consumación de la humildad crece el sentimiento de nuestra pequeñez al recibir, y el de la grandeza de Dios al dar.

Meditación: Jn 5,19-21. Lc 1,48.

2º La modestia

Es esa disposición que nos hace reaccionar rápidamente contra todo lo que pueda manchar o disminuir la vida y los dones de Dios en nosotros. Llevada a la consumación, la modestia estima la presencia de Dios más que todas las cosas, y preserva la pureza de los dones espirituales de Dios mediante una vigilancia constante y amorosa.

Meditación: Lc 2,19.

3º La renuncia total al egoísmo

Esta renuncia rotar es la consumación de la negación de sí mismo y del vivir plenamente la alegría de Jesús (Jn 15,11). La total renuncia a uno mismo significa que ya no vamos a satisfacer ni a seguir más nuestros deseos, preferencias, tendencias ni egoísmos, puesto que nuestra única guía es ahora

la vida y la imagen de Jesús. La misma alegría de Jesús se comunica a nosotros y es nuestra fuerza. Con san Pablo podemos decir: He aceptado perder todo... con tal de tener a Cristo y vivir unido a él.

Meditación: Flp 3,7-15.

4º El desprendimiento total de los bienes materiales

Este desprendimiento total es la liberación final que nos permite experimentar a Jesús en la plenitud de su riqueza espiritual. En la consumación de esta virtud abandonamos cualquier bien material que nos robe el afecto o que utilizaríamos sólo para nuestro placer. Nos abandonamos por completo al cuidado de la Divina Providencia. Nos ponemos totalmente. En manos de Cristo, y Dios es ya toda nuestra riqueza y nuestra recompensa. Ser pobres en bienes materiales nos permite ser ricos en los bienes espirituales de Cristo.

Meditación: 2 Cor 8,9; 1 Cor 1,4-7; Mt 6,25-33.

INDICE

INTRODUCCION
1. El espíritu, como vida
2. La fe del corazón
3. La experiencia de la llamada de Dios
4. Principios de la espiritualidad marianista ,
5. La presencia activa de María
6. Rezar con fe del corazón: el ”método común”
7. Transformación a imagen de Jesús: el hombre nuevo.
8. Virtudes fundamentales: “la preparación”
9. Participar en la misión
10. Más allá de la mediocridad: “la purificación”
11. Presentes en el mundo, como Movimiento ,
12. Seguir a Jesús hasta el final: “la consumación”